

PROCEDENTE DEL UNIVERSO

Lou Carrigan

CIENCIA FICCION

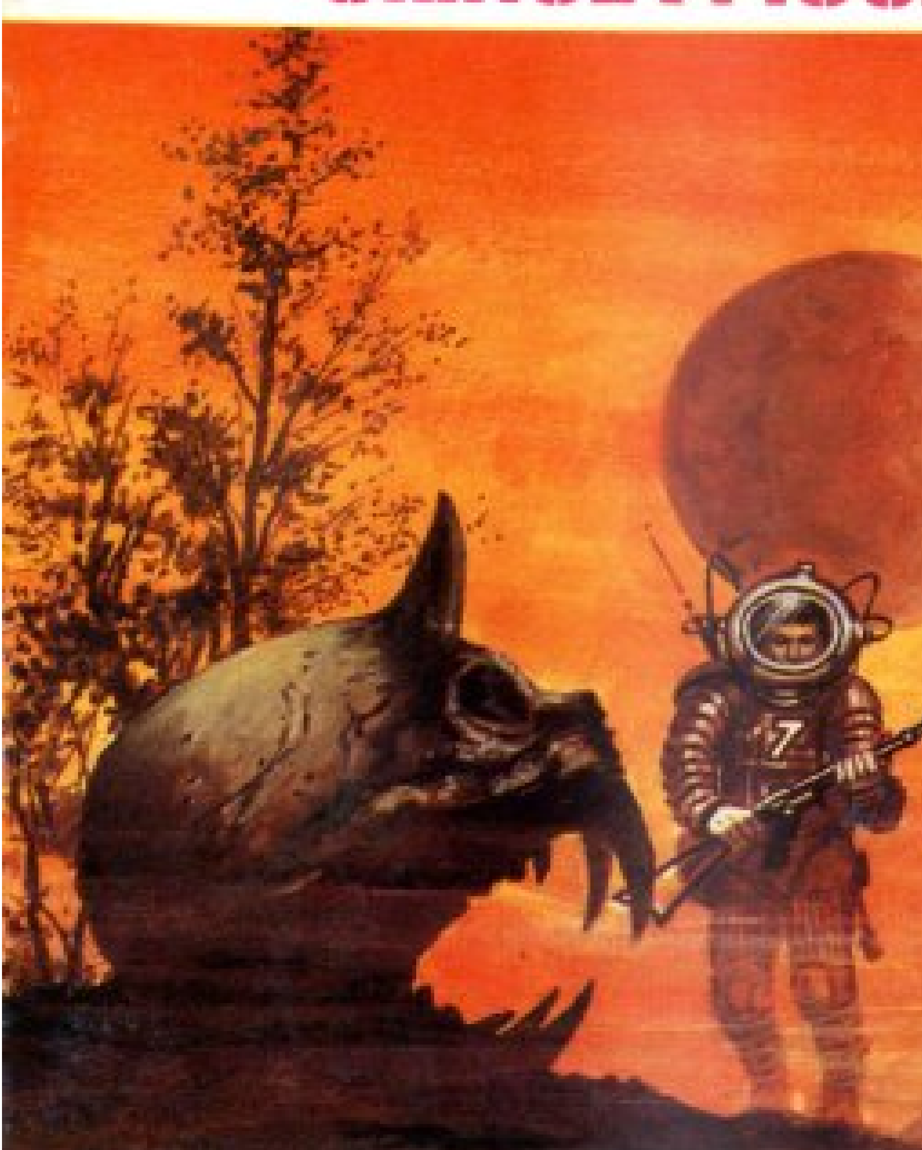
La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

PROCEDE[...] DEL UNIVE[...]

Lou Carr[...]

CIENCIA FICC[...]



LA CONQUISTA DEL ESPACIO 620

EDIT. BRUGUERA

PROCEDENTE DEL UNIVERSO

LOU CARRIGAN

CAPÍTULO PRIMERO

De pie tras los encargados de los sistemas de vuelo y control, la capitana Amanda Korvin contemplaba pensativamente el negro exterior salpicado de pequeños puntos brillantes. El espacio exterior y las lejanas estrellas, eso era todo, eso era lo único que se podía ver a través del ventanal frontal de la nave.

Una nave enorme, de casi cien metros de longitud y veinte de anchura, uno de los últimos ingenios voladores de los Estados Unidos de América. Una diminuta ciudad espacial que se desplazaba a una velocidad inimaginable en la Tierra, pero que allí, en el espacio lejano, en un ámbito desconocido, parecía inmóvil. Era talmente como estar metidos en una esfera negra con brillantes engarzados en los límites.

Límites que ni siquiera existían. No había límites, no había metas,

punto de llegada, final de vuelo. Por mucho que desplazaran en el silencioso universo, jamás llegarían a parte alguna diferente a la que se hallaban.

El universo, eso era todo.

La capitana Korvin se acercó a los técnicos de turno ante el radarspace y sonarspace.

—¿Todo normal? —preguntó.

Los dos hombres la miraron con simpatía, pero con cierta guasa.

—Acabamos de dejar atrás un puesto de hamburguesas —dijo el radarspace—. Me habría gustado comerme una.

—¿Sabes si tenían cerveza? —preguntó el sonarspace.

Amanda Korvin sonrió. Tenía veinticuatro años, era rubia, alta, de cuerpo espléndido, rostro hermoso de facciones inteligentes, ojos castaños de mirada directa. Una chica preciosa, de dulce apariencia, pero que allí, en la nave Asteroid 2009, era la segunda autoridad, tras el comandante jefe Jake Harding.

—Si verdaderamente llegan a encontrar uno de esos puestos no dejen de avisarme —dijo amablemente—; yo también me comería una hamburguesa.

—Con cerveza —insistió el sonarspace.,

—Con cerveza, naturalmente —asintió Amanda—. Hasta luego.

—¿Estará en su cámara?

Amanda Korvin casi enrojeció.

—No —murmuró—. Si me necesitan utilicen el sistema general de llamada, así me enteraré esté donde esté.

Los dos hombres sonrieron, intercambiando un guiño que la capitana no captó. Luego, volvieron toda su atención a sus respectivos controles. Amanda abandonó la sala, salió al pasillo, y descendió a la cubierta inferior utilizando uno de los ascensores térmicos. Salió a otro pasillo, en el cual casi tropezó con uno de los robots auxiliares de la nave. Había seis de estos aparatos, todos idénticos, como de un metro de estatura, cilíndricos, con patas y brazos articulados y cuadrada cabeza metálica provista de dos objetivos de televisión, que parecían dulces ojos de koala.

Todos estos robots eran utilizados como juguetes por los ocupantes de la nave, pese a que su cometido básico era llegar a los lugares menos agradables de las salas de máquinas si se producía una avería, enviar las imágenes de ésta al Centro de Reparaciones, y, si era posible, arreglarla ellos mismos, naturalmente dirigidos desde el Centro. Mas como quiera que la Asteroid 2009 no había tenido hasta el momento ningún problema, y parecía que esto no fuese a suceder jamás, los robots llevaban libros, café y otras cosas de un lado a otro. Eran prácticamente la mejor diversión de la nave. Incluso cantaban, si así se les pedía.

Pese a ser idénticos, dos de ellos habían sido muy pronto diferenciados por los ocupantes de la nave, que habían llegado a la peregrina conclusión de que incluso entre las máquinas podía haber diferencias, como las había entre

los seres humanos. Así, dos de los robots, más «simpáticos y espabilados», habían sido bautizados con los nombres de «Uncle Sam» (Tío Sam) y «Aunt Mary» (Tía Mary). Al primero de ellos le había sido colocada en la cabeza una gorra con una diminuta bandera norteamericana; a Tía Mary le habían puesto un delantal y un collar, éste último cedido por la superbelleza de a bordo, la enfermera (con título de doctora) de raza negra Harriett Potters.

—Perdona, Tía Mary —se disculpó Amanda por el casi encontronazo—. ¿Qué haces por aquí? ¿Estás buscando a tu novio? Creo que anda por el último piso.

—Enterada. Gracias, capitana Korvin.

—De nada —rió Amanda—. Oye, ¿sabes si el profesor Alexander está en su laboratorio?

Dentro de la cabeza de Tía Mary sonaron tinos leves chasquidos, y la información fue alcanzada rápidamente. Información que brotó por la ranura horizontal bajo los dos objetivos de televisión:

—El doctor-profesor William Alexander Sanderfer está en su laboratorio, en efecto, trabajando como siempre. Luz roja.

—Vaya, ¡qué fastidio! Bueno, gracias. Dale recuerdos a Tío Sam.

Amanda caminó por el pasillo hacia popa, y se detuvo ante la puerta del laboratorio de la nave, a cargo del profesor Alexander. Cierto, la luz roja estaba encendida en el ojo de aviso, lo que significaba que si alguien quería desatar las iras de Alexander sólo tenía que entrar en su sancta-santorum. Esto era lo único que hacía enfadar a Alexander. Por lo demás, tenía el carácter más apacible, agradable y estable que Amanda Korvin había conocido en ser humano alguno. Era sorprendente que un hombre con ese carácter pudiera enfadarse tanto si le molestaban en su trabajo.

«¿Y si me atreviera?», se dijo Amanda.

Se dio un tironcito a su ajustado uniforme, que ya de por sí ponía de relieve las esculturales formas de su cuerpo. Tenía unos pechos preciosos, grandes y rotundos. Pero de eso se habían dado cuenta sobradamente todos los ocupantes de la nave... excepto el profesor Alexander.

No se atrevió. Se metió en una de las cabinas de descanso, programó su reloj para que la despertara una hora más tarde, y se relajó, cerró los ojos, y en menos de un minuto estuvo dormida. Una hora más tarde la despertó el suavísimo zumbido. Se puso en pie, salió de la cabina, y volvió a mirar el ojo de aviso de Alexander. Ni rojo ni verde; simplemente, estaba apagado, lo que significaba que Alexander no se hallaba en su laboratorio.

—¡Oh, maldita sea! —exclamó Amanda.

Se preguntó dónde podría estar, mientras se dirigía hacia la zona de ascensores. Uno de éstos descendía en aquel momento, pero Amanda no deseaba más bromas a su costa en relación con su más que conocida inclinación hacia el profesor Alexander, así que se dispuso a tomar otro para subir. Entonces, el ascensor llegó abajo, y de él salió Alexander, llevando una cajita metálica en las manos.

El corazón de la capitana Korvin efectuó el quíntuple salto mortal. Allá lo tenía: tan alto que tenía que inclinarse para salir del ascensor. Rubio, atlético, desgreñado y descuidado en el vestir, apacible y encantador con sus gafas de gruesa montura.

—Ah, capitana Korvin —saludó afablemente Alexander—. ¿Qué tal?

—Bien... Muy bien. ¿Y usted, profesor?

—Me parece que me encuentro perfectamente, gracias.

—¿Se lo parece? ¿No está seguro?

—Bueno, al menos no me duele nada. ¿Qué tal mi aspecto?

—Yo diría que bastante aceptable —rió Amanda.

—Entonces no nos compliquemos más la vida: estoy bien. A propósito, la estaba buscando.

—¿A mi? —se sonrojó de placer Amanda—. ¿Para qué?

—Pues eso usted sabrá. ¿Quería algo?

—¿Yo? ¡Es usted quien me está buscando a mí!

—No, no, perdón; usted me está buscando a mí. Eso es lo que me ha dicho Tía Mary arriba.

—Pero usted ha dicho que me estaba buscando.

—No, no, no. Usted a mí. Debo haberme equivocado. Dígame: ¿en qué puedo servirla?

—Pu-pues... En nada. En realidad sólo quería saber cómo van sus investigaciones.

—Es usted muy amable. Vengo ahora de buscar unas películas. ¿Tal vez le gustaría verlos?

—¿De qué son? —se resistió Amanda.

—De bacterias, naturalmente. Estoy preparando el informe de la última semana, y tengo que consultar unos antecedentes del malogrado profesor Ashenden. Se lo digo porque sé que a usted le gustan mucho a las bacterias.

—¿A mí? ¡Claro que no!

Alexander estaba perplejo.

—¿No le gustan? Entonces no entiendo por qué siempre se está interesando por mi trabajo.

—Oh, bueno, como... como segundo jefe de a bordo pues... creo que es mi obligación asegurarme de que el personal científico está adecuadamente instalado y atendido.

—Ah. Bueno, entonces ¿no quiere que charlemos un rato, como otras veces? Me gustaría cambiar impresiones con usted respecto a la presentación de mi último informe. Claro que si tiene cosas más importantes que atender...

—No, no. Puedo dedicarle unos minutos con gusto, profesor.

—Estupendo. Venga, hablaremos de la vida en el espacio y todo eso.

Entraron en el laboratorio, y Alexander pulsó el botón que cerraba la puerta y encendía el ojo rojo. El corazón de Amanda Korvin latía como a cañonazos. ¡Si él le pidiera que hicieran el amor...! ¡Pero qué va, eso ni soñarlo! El profesor Alexander no parecía tener ni tiempo ni deseos de cosas

como ésa.

—¿Ha... ha descubierto algo interesante últimamente?

—Pues no. Pero todo llegará.

—¿De verdad lo cree?

Él se dirigió hacia el fondo del laboratorio, donde estaba el aparato de vídeo, en el cual metió el estuche con las películas, y se puso luego a seleccionar la parte que le interesaba. Conseguido esto, se sentó frente al aparato visor. Se puso en pie de un salto, turbado, y señaló el asiento a Amanda.

—Perdone... Siéntese usted, por favor. Yo utilizaré uno de los taburetes. Entiendo que no cree usted que lleguemos a encontrar vida en el espacio exterior.

—Vida inteligente, no —dijo Amanda, sentándose.

—Bueno, eso de la inteligencia es una cosa muy relativa. Si usted está en el desierto muriéndose de sed, y bajo sus pies, a pocos centímetros, hay agua en abundancia, pero no sabe encontrarla, se la podría considerar tonta, ¿no le parece? Sin embargo, no lo es conforme a nuestras normas y sistemas de vida. Del mismo modo, las bacterias y organismos o células que encontramos en el espacio y en diferentes planetas, tienen una inteligencia adecuada a su forma de vida. Y comparativamente, esa inteligencia puede ser tan buena como la nuestra, e incluso superior. Esto, claro está, son viejas teorías. Por mi parte he llegado a una conclusión, que quizá algún día pueda demostrar, respecto a la inteligencia.

—¿Qué conclusión?

—Yo creo que la inteligencia, o lo que nosotros llamamos inteligencia, es simplemente la capacidad y habilidad para vivir en él ambiente en que nos hallamos o aquel en el que hemos brotado, por no decir nacido. Resumiendo, diría que la inteligencia es simplemente la voluntad de vivir tal como somos. Y puestas así las cosas, creo que cualquier célula es más inteligente que nosotros.

—¡No está hablando en serio!

—Claro que sí. Las células viven tal y como han sido creadas, cumplen su ciclo vital de modo genuino. Nosotros, no. Y ello porque carecemos de esa... facultad, de ese instinto de saber qué somos, cómo somos y cuál es nuestro objetivo de vida.

—¿Y las bacterias lo saben?

—Por simple instinto no deteriorado, sí, lo saben.

—Santo Dios. ¿Y ha... encontrado usted alguna de esas bacterias especiales en sus investigaciones?

—¿Algunas? ¡Todas son más inteligentes que nosotros! Por ejemplo, nosotros no deberíamos estar aquí, sino en la Tierra, que es nuestro habitat natural. Aquí, simplemente, corremos toda una serie de peligros, unos conocidos y millones de ellos desconocidos. Las bacterias no corren peligro alguno: están donde saben que tienen que estar. La pregunta es: ¿por qué están

ahí, qué hay ahí, qué son esas bacterias?

—¿Y la respuesta?

—Oh, también es muy simple. Están ahí porque ése es su sitio, y lo que hay ahí no es más que un complemento de ellas, del que forman parte. El fuego y el humo están juntos; las bacterias están en su sitio, como el humo cuando sale del fuego. No sé si me explico.

—Creo que está tratando de decirme que las cosas son así y punto.

—Y que todo forma parte de un conjunto armónico y total. De todos modos, me gustaría saber qué son esas bacterias y qué hay en donde están ellas. ¿Sabe?: usted no se parece en nada a una bacteria.

—¿Quiere decir que soy tonta? —exclamó Amanda.

—Caramba, claro que no. Quiero decir que es muy bonita.

—¿Se lo parezco a usted?

El profesor Alexander abrió la boca. En aquel mismo instante, la voz sonó por el sistema de comunicación ambiental de toda la nave:

—Capitana Korvin, por favor, acuda a la sala de mandos.

—¡Oh, no! —protestó Amanda.

—Me parece que ésa es la voz del comandante Harding —dijo Alexander—. Lamento que se pierda la sesión de bichitos.

Amanda se puso en pie, casi temblando de rabia. ¡La primera vez que conseguía una conversación de tipo personal con él y era requerida en la sala de mandos!

—Quizá pueda volver pronto —murmuró—. Pero claro, si me encuentro encendida la luz roja...

—Es algo que puede perfectamente ocurrir —sonrió Alexander.

—Sí, claro. Bueno, entonces... ya nos veremos en cualquier otro momento.

Salió de allí echando chispas. Un minuto más tarde, todavía sintiendo en su rostro el calor de la ira, llegaba a la sala de mandos. Estaba segura de que aquella llamada era por completo arbitraria, ya que no había nada que pudiera hacer ella que el propio comandante de la nave no pudiera hacer personalmente, y por supuesto, mejor. Y no había ni mucho menos tanto trabajo como para fastidiarla en el momento más inoportuno de todos.

Pero enseguida se dio cuenta de que algo extraño ocurría en la sala de mandos. Jake Harding, alto y fuerte como una montaña, estaba entre los mandos de vuelo y los controles de radarspace y sonarspace. Y justo en el momento en que Amanda llegaba a su lado dispuesta a preguntar qué ocurría, oyó aquello.

Fue como un cañonazo, como un estampido que brotó del sonarspace, hacia el cual saltó la sobresaltada mirada de Amanda.

—Dios mío..., ¿qué ha sido eso? —exclamó.

Jake Harding se volvió a mirarla. Y lo hizo de un modo que una vez más hizo enrojecer de ira a Amanda: la miró como si esperase encontrar en su atuendo señales de haber sido puesto precipitadamente sobre su persona. Es

decir, que pensaba que ella podía haber estado desnuda hacía un par de minutos.

—No lo sabemos —dijo Harding—, pero nos parece en cierto modo amenazador, de modo que he considerado oportuno que el personal militar de la nave esté en sus puestos. ¿Está de acuerdo?

—Naturalmente..

—Espléndido.

—Desde luego, es enorme —dijo en aquel momento el radarspace—. Aún no puedo decirle cuánto, señor, pero es sencillamente enorme.

—¿A qué se refiere? —preguntó Amanda.

—A juzgar por la enormidad de la masa detectada parece que estamos acercándonos a un planeta o cualquier clase de materia espacial que no consta en nuestras cartas de navegación...

—No es exactamente así, señor —dijo radarspace—: no se trata sólo de que nosotros nos estemos acercando al objeto, sino que también él se está acercando a nosotros. Me atrevería a decir que su tamaño es como todo el continente africano.

—¿Y se acerca a nosotros? —rechazó Harding—. ¿Quizá nos hemos metido en la órbita de algún cuerpo? ¿Hemos perdido nuestro rumbo y estamos en paradero desconocido?

—No, señor, nada de eso. Nuestro rumbo es perfecto: simplemente, eso no debería estar ahí.

—Pues está —dijo el sonarspace—. Es más: ese sonido viene de ahí... Escuchen...

El estampido se produjo de nuevo, y Amanda no pudo contener un estremecimiento. Sentía un vago presentimiento, que comenzó a tomar forma cuando el sonarspace dijo:

—Exactamente. Suena cada minuto. Y viene de esa cosa.

—Bueno, pero... ¿qué cosa es? ¿Qué clase de sonido es ése?

—Yo diría que es un latido, señor.

—¿Un qué?

—Un latido. Esa cosa grande como toda África es un ser vivo, señor.

CAPÍTULO II

Amanda Korvin sintió que se le aflojaban las piernas, como si las rodillas se hubieran disuelto de pronto. Jake Harding palideció y gritó:

—¡No diga estupideces, Benson!

—No las digo yo, señor, sino el sonar. De todos modos, será mejor que el profesor Alexander utilice su sonda detectora de vida.

—Pero hombre de Dios —jadeó Harding—: ¿Cómo va a ser algo con vida una cosa grande como África?

—No lo sé, señor. Yo no soy científico, sino técnico, y estoy diciendo lo que me dice mi equipo de sondeo.

El hombre estaba mosqueado. Harding se pasó una mano por la frente. Amanda no podía moverse, tenía el cuerpo como paralizado. El personal que atendía el resto de los aparatos de control y navegación los manipulaba con gesto tenso.

—¿A qué distancia está?

—Imprecisable por el momento, señor, pero no a menos de cincuenta millones de kilómetros.

—¿Y estamos oyendo su latido? Esto es absurdo. ¿A qué velocidad viaja?

—Diez veces superior a la nuestra. Si no desviamos nuestra ruta chocaremos con eso antes de diez horas.

—Pues lo desviaremos. Vamos a...

—Si me permite decirlo, comandante, creo que deberíamos avisar antes al profesor Alexander —reaccionó por fin Amanda.

—¡Claro que no! ¡No pienso arriesgar mi nave por nada del mundo!

—Creo que él debería saber esto —insistió Amanda—, Nuestro viaje es puramente científico, y precisamente el profesor Alexander es el jefe del equipo científico. Hasta ahora ha estado recogiendo en el espacio todo lo que...

—Escuche usted, capitana Korvin: esto que viene hacia nosotros no son bichitos microscópicos del espacio, sino una masa grande como África. ¿Lo entiende usted? ¡Como África! ¿Cree que puede ser un bichito para el profesor? ¿Cree que podré sacar su sonda y meterlo en sus malditas probetas? Si nos metemos en el campo gravitatorio de esa masa seremos atraídos, y nos estrellaremos contra ella igual que una pulga contra un portaaviones. ¿Ha comprendido la situación?

—Técnicamente, sí, señor. Pero éste es un viaje de exploración científica, y si esa masa tiene un latido el profesor debe saberlo y escucharlo.

El estampido se produjo de nuevo. Amanda volvió a estremecerse. Sí, exactamente, a ella le recordaba un latido. Un enorme, pavoroso latido. Era espeluznante.

Harding, que la contemplaba hoscamente, desvió su mirada de pronto

hacia los controladores.

—¿De cuánto tiempo disponemos para variar nuestra ruta antes de entrar en el campo gravitatorio de esa cosa?

—No hay cuidado al respecto, señor. Pasarán no menos de seis horas antes de que eso ocurra.

—Está bien. Avise al profesor Alexander.

Amanda efectuó la llamada por el sistema general, sin dar explicaciones. Pocos segundos más tarde Alexander aparecía en la sala de mandos, con gesto expectante, amable.

—Supongo que si me han hecho venir...

El estampido sonó de nuevo.

—Otro minuto —anunció el sonarspace.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Alexander.

—Esperamos que usted nos lo diga —gruñó Harding.

Fue puesto al corriente de la situación. Alexander escuchaba como abstraído. Luego, se quedó mirando el sonarspace. El estampido volvió a sonar.

—Otro minuto —cantó el controlador.

—Bueno —masculló Harding—, ¿qué dice usted, profesor? ¿Le parece admisible que se trate de un ser vivo?

—¿Por qué no? —le miró Alexander.

Harding quedó como si acabasen de golpearle en la cabeza con una cachiporra. Estuvo así unos segundos, aturdido. Por fin, soltó un bufido, y acto seguido gruñó:

—¿Pretende tomarme el pelo, profesor?

Bill Alexander alzó las cejas, y se quedó mirando inexpresivamente a Harding, que era diez centímetros más alto que él y sin duda alguna más fuerte, aunque menos bien proporcionado atléticamente. Por un instante, se notó la tensión en la sala de mandos, pues para nadie (excepto para Alexander) era un secreto que Harding andaba loco tras la capitana Korvin, quien a su vez sólo veía a Alexander.

—Qué tontería —dijo por fin Alexander—. ¿Para qué demonios quiero yo su pelo? Lo que quiero es una muestra de eso, de esa cosa viva que viene hacia nosotros.

—Pues se va a quedar con las ganas, porqué no pienso en absoluto arriesgar mi nave ni las vidas de noventa personas que viajan en ella.

En la sala resonó otro estampido, otro «latido». Alexander pareció olvidar de pronto a Harding, y se acercó más a los mandos de radar y el sonar.

—¿Qué forma tiene? —murmuró.

—Bueno...

—¿Qué forma tiene? —exigió ahora.

—La de un huevo frito, profesor. Bueno, más o menos. Su grosor es de unos cien kilómetros. Pero todavía estamos demasiado lejos para determinarlo con exactitud.

—¿Cuál puede ser la fuerza de su campo gravitatorio?

—Entre cinco mil y cien mil kilómetros, quizá. De todos modos, hay que contar con su velocidad.

—¿Eso qué significa?

—Significa que si esa cosa formase parte de un sistema en órbitas establecidas su campo gravitatorio sería entre las cifras que he mencionado, pero a la velocidad que va es imprevisible... Debe tener un poder de succión tremendo... Dios mío, tremendo, eso es todo. Si entramos dentro de ese campo de succión seríamos como una brizna de paja al paso de un proyectil; tal vez no nos atrajese, pero nos arrastraría unos miles de kilómetros sin control alguno por nuestra parte de la nave. Saltaríamos en pedazos, sin más.

—¿Eso es seguro?

—Seguro, no, pero es lo más probable. Aunque si su campo de atracción es muy tenue la cosa sería infinitamente menos terrible.

—¿Hay alguna posibilidad de dejarla pasar por nuestro lado, colocarnos luego tras ella, y pese a su poder de succión de cola acercarnos sin perder el control de la nave?

—Escuche usted —intervino Harding—: esa cosa viaja a una velocidad diez veces superior a la nuestra. ¿Cómo demonios cree que podríamos darle alcance después de dejarla pasar?

—Precisamente aprovechando su poder de succión. Seríamos atraídos, pero no de costado, sino de proa y manteniendo el control de la nave... ¿Es posible o no es posible?

Malhumorado, Harding miró hacia la consola de navegación, en la que se hallaban los tres encargados de ella: Esley Vallance, como jefe navegante, y sus auxiliares Ronald Dawson y Angus Shelley.

—Vallance-gruñó—, ¿es eso posible?

—Se puede estudiar, teóricamente. Pero en todo caso, deberíamos colocarnos tras ella con los motores en reversa, para disminuir la velocidad de aproximación, ya que si nos sometemos a una velocidad diez veces superior a la nuestra de crucero la nave se hará papilla.

—¿Pero es posible?

—Por el momento no me atrevo a dar ninguna respuesta concreta.

—¿Cuándo podrá darla? —preguntó Alexander.

—No sé. Dentro de tres o cuatro horas. Quizá cinco.

Harding se encaró de nuevo con Alexander.

—Pues ése es el tiempo que esperaremos, profesor. Si los informes de Vallance incluyen el más mínimo riesgo para mi nave, viraremos noventa grados alejándonos de esa cosa. ¿Está claro?

—Usted está continuamente hablando de su nave. Pues bien, déjeme decirle algo, amiguito —Harding enrojeció al oírse llamar «amiguito»—: Esta es una expedición científica, no militar; y da la casualidad de que el jefe absoluto de dicha expedición soy yo. De modo que en cuanto afecte a cuestiones científicas ésta es también mi nave. ¿Lo ha entendido?

—Yo mando aquí —dijo secamente Harding.

—Ya lo veremos. Quiero que llamen a la Tierra, y expliquen la situación, a ver qué deciden en la base.

—Hombre, ésa es una gran idea —sonrió sarcástico Harding—. Con mucho gusto me encargaré de ello.

—De acuerdo entonces.

Los estampidos habían seguido sonando a intervalos casi exactos de un minuto. Alexander se colocó de nuevo ante el sonar, y permaneció inmóvil. En la sala solamente se oían ahora los «latidos» de la «cosa», minuto tras minuto.

De pronto, Alexander murmuró:

—Es una célula.

—¿Una qué? —saltó Harding.

—Una célula. O sea...

—¡Sé muy bien lo que es una célula, maldita sea su estampa! —aulló Harding—. ¡Y si no lo supiera, antes me mataría que admitirlo ante usted, todo lo que tendría que hacer es consultar el diccionario de a bordo!

—Muy bien. Pues es una célula.

—¡Usted está loco! Las células tienen tamaños que oscilan entre unos pocos milímetros y milésimas de milímetros... ¿Cómo va a ser una célula una cosa grande como el continente africano? Además, las células son la forma más primaria de vida, tanto en su manifestación como en su tamaño, ¿no es así?

—Las que nosotros conocemos, sí. ¿Usted cree que conocemos todo lo que hay en el universo, comandante Harding?

—Pero... ¿se da cuenta de lo que está diciendo? Por el amor de Dios, si eso es una célula..., ¿cómo será de grande el cuerpo del que forme parte?

—¿Y por qué ha de formar parte de ningún cuerpo?

—¡Pero...!

—Escuche usted, estamos lejos de todo lo conocido. Sabemos que no hay marcianitos y todo eso, ¿verdad? Pero sí sabemos, y eso se lo demuestro yo a usted en mi laboratorio cuando quiera, que existen microorganismos con lo que se podría llamar Vida en todas partes. No importa cuan rudimentaria o desdeñable pueda usted considerar esa Vida, el hecho es que existe. En millones de formas y tamaños. De modo que olvide usted sus patrones de Vida y acepte los hechos. Eso que se acerca está vivo, ¿no?

—¡No podemos estar seguros de eso!

—Bueno, entonces, ¿de qué está usted seguro? ¿De que no hay más Vida que la que usted conoce? Estamos pavorosamente solos en el espacio buscando cosas como ésa, o diferentes. Como sea, estamos buscando, ¿no es así? Y por fin, hemos encontrado algo. Ahora bien, usted pretende que sólo podemos encontrar microorganismos o microcélulas... ¿Por qué, puede decírmelo? ¿Por qué no pueden existir en el universo macrocélulas?

—¡Es grande como África!

—¿Acaso sabe usted de qué parte del universo procede? ¿Conoce, tal vez, todos los lugares o límites del universo? ¿O quizá en verdad cree que existen tales límites? Para nosotros, esa célula es gigantesca, de acuerdo. Pero para su lugar de procedencia, ya sea el puro espacio, o una galaxia, o un planeta, esa cosa puede ser, simplemente, proporcionalmente, una célula, como lo son las conocidas por nosotros en nuestros mundos.

—¿Pretende hacerme creer que usted puede imaginarse cómo sería un lugar así? —mascculló Harding.

—Yo no. ¿Y usted?

—¡Claro que no!

—¿Y eso significa que tal lugar o tal célula no pueden existir?

—¡Maldita sea mi estampa, no he dicho eso!

—¿Pues qué dice usted?

—¡Váyase al demonio!

Bill Alexander sonrió, y dijo, apaciblemente:

—Es una célula.

—¡Mierda!

—También podría ser eso —admitió el científico—: una enorme mierda espacial. Acepto su sugerencia.

En la sala de mandos resonó la carcajada de todo el personal presente, y por un momento la tensión desapareció. Pero, como recordándoles la realidad, el latido volvió a oírse.

—Es una célula —dijo una vez más Alexander.

Y abandonó la sala de mandos.

* * *

Sentado ante la pantalla expositora, Bill Alexander ladeó la cabeza, y se quedó mirando como absorto a Amanda Korvin, que murmuró:

—He entrando porque he visto la luz verde... Espero no molestarle, profesor.

—No, no. Siéntese, capitana —señaló el taburete que él ocupara horas antes—. Y dígame: ¿qué sabe usted de las células?

—Poca cosa. Lo corriente.

—Ya. Bueno, es natural. Cada uno se especializa en una cosa. Es el único modo de que en conjunto adquiramos conocimientos provechosos. Estaba repasando toda una serie de células conocidas. ¿Qué le parecen?

Señaló la pantalla. Amanda la miró, un tanto molesta. Para ella aquello no significaba nada. Formas extrañas, algunas en foto fija, otras móviles. Materias sin sentido.

—Siento no poder darle una respuesta inteligente —murmuró.

—Su inteligencia no tiene nada que ver con sus conocimientos. Puestos así las cosas, yo sería un ignorante por no ser capitán y saber lo que ha de

saber un capitán. Pero creo que ni usted ni yo somos ignorantes. Hasta cierto punto, claro.

—Me parece que no le comprendo.

—Estableciendo las cosas de un modo proporcional, sí somos ignorantes. Al menos, lo soy yo, pues quizá usted sepa todo lo que se puede o se tiene que saber para ser capitana. En cambio, yo no sé, ni mucho menos, todo lo que se puede saber en el campo científico, todo lo que hay por saber.

—Eso es imposible.

—De acuerdo. ¿Sabe usted cuál es el mayor enemigo de la investigación científica?

—¿Cuál?

—La sabiduría ya adquirida, que a veces nos tienta para rechazar lo que no forma ya parte de ella. Los malos científicos, si ven algo que no se adapta a sus conocimientos, deciden que eso no es... «normal», por el simple hecho de que es «diferente». Sin embargo, por fortuna, me atrevo a decir que hoy no existen malos científicos. Por eso, aunque disto mucho de ser un genio, yo soy un buen científico. ¿Y qué debo hacer, como buen científico, cuando aparece ante mí una cosa como «África»?

—Supongo que investigarla —sonrió Amanda—. ¿Le ha puesto ese nombre a la cosa: África?

—¿Qué más da un nombre que otro?

—Podría usted llamarla Célula Alexander.

—No tiente mi vanidad —sonrió de pronto Alexander—. ¿Sabe, capitana Korvin? Estoy seguro de que tiene usted unas células preciosas.

—¿Le gustaría examinarlas?

—Oh, ya las conozco. Bueno, dígame: ¿qué puedo hacer por usted?

—He venido a informarle de la respuesta de la Tierra: en caso de peligro previsible el mando absoluto pasa al comandante Harding. Lo siento.

—De modo que se hará lo que él decida.

—Esas son las órdenes.

—Es decir, que después de gastarse billones de dólares en esta expedición, nos ordenan esquivar algo que justificaría el gasto y el riesgo que nuestras vidas han corrido hasta ahora o que correrán en el futuro de esta expedición... que no habrá conseguido nada. Debo entenderlo así, ¿no le parece?

—Me temo que sí. Pero comprenda usted que si «África» nos mata tampoco la Ciencia habrá conseguido nada. Y nosotros estaríamos muertos. Sería una pérdida absurda.

—Lo absurdo es apostar a cambio de nada. Si yo decido jugarme cien dólares a la ruleta lo haré esperando ganar por lo menos otro tanto, o más. Nunca sería tan cretino de hacer una apuesta en la que puedo perder cien dólares y no ganar nada.

—Le comprendo a usted. Pero usted también tiene que comprender la postura del comandante Harding y de la base: podemos morir noventa

personas.

—¿Y qué? Quedan más.

—Oh, vamos... ¡No me diga que no aprecia usted su vida!

—Caramba, muchísimo. Pero sé que la perderé. Es como esa estúpida apuesta de cien dólares a cambio de ninguna posible ganancia. En cambio, si decido entablar relaciones con «África» la apuesta tendrá sentido, porque podré ganar algo. Hago una apuesta, y puedo ganar o perder. Pero si no hago nada con respecto a «África», simplemente no ganaré nada a cambio de una apuesta, mi vida, que de todos modos perderé. Y no en un futuro lejano. La Muerte está aquí, forma parte de nosotros. Podemos pensar: caray, todavía puedo vivir ochenta años más. Bueno, ¿y qué? Será a cambio de nada, y ochenta años, mi estimada capitana, no es nada. Ni mil años. Ni un millón de años. Simplemente, transcurrirán. ¿Y de qué me habría servido a mí vivir un millón de años si con ellos no habría obtenido nada? Otra cosa: ¿cuántos años de los nuestros calcula usted que puede tener «África»?

—Dios mío, no lo sé... ¿Un millón?

—¿Por qué un millón? Quizá sea una recién nacida, y tenga solamente unas cuantas horas. O quizá tenga un trillón de milenios... Sin embargo, ella también perecerá. Y a lo mejor, antes de perecer, se dice a sí misma: ¡asco de gente, pues no me han dejado morir sin saber qué soy! ¿De qué se ríe?

—Es la primera vez que usted y yo hablamos tanto rato y de un modo... coloquial. Hasta ahora, pese al tiempo que llevamos navegando juntos, siempre hemos hablado de un modo... oficial.

—Eso es cierto. Y me pregunto por qué.

—Porque usted no es accesible. Siempre está trabajando.

Bill Alexander parpadeó. Se inclinó hacia delante, apagó la pantalla, y se quedó mirando expectante a Amanda, que sintió de pronto que su corazón enloquecía.

—Bueno, pues ya no trabajo —dijo Alexander—. Acabo de decidir tomarme unas vacaciones hasta que hagamos un contacto adecuadamente informativo con «África». Veamos: ¿a qué llama usted accesible?

Amanda Korvin comprendió que nunca dispondría de otro momento como el presente. Ahora o nunca. Y si no lo hacía ahora sería cómo la estúpida apuesta de cien dólares mencionada por Alexander. De modo que se puso en pie, se acercó al científico, y se sentó en sus rodillas. Cogió la mano derecha de él y la puso sobre su seno derecho. Luego, se inclinó, y hundió su boca en la de Bill Alexander...

—¡Profesor Alexander! —tronó la voz de Jake Harding en el laboratorio—. ¡Acuda inmediatamente a la sala de mandos! ¡Capitana Korvin, esa petición es una orden para usted!

El sobresalto fue tal por parte de ambos que Alexander casi derribó a Amanda al ponerse en pie bruscamente. Acto seguido echó a correr hacia la puerta, desde la cual se volvió.

—¡Vamos! ¿Qué estás esperando?

—¡Maldita sea! —exclamó Amanda, roja de rabia.

—De acuerdo —rió Alexander—. ¡Pero vamos a ver qué ocurre!

CAPÍTULO III

El comandante Harding los miró hoscamente cuando aparecieron juntos en la sala de mandos, pero no hizo comentario alguno al respecto. Se limitó a señalar el radarspace, y Alexander fue hacia allá, visiblemente inquieto.

—¿Qué ocurre?

—Precisamente, no ocurre nada —dijo Benson—. Ya no se le oye, profesor.

El silencio en la sala era total. Alexander miró el radar.

—¿Acaso nos hemos desviado nosotros o ella? —murmuró—. ¿La hemos perdido?

—No, señor. Todo sigue igual en ese sentido. Estamos acudiendo uno al encuentro del otro. La tenemos mucho más cerca, pero ya no se la oye.

—Quizá... quizá ha muerto-sugirió Amanda.

—¿Quieren que les diga mi opinión? —deslizó Harding.

—Apuesto a que será interesante —dijo Alexander—. La escucharemos con sumo agrado, comandante.

—Bueno, pues yo creo que aquel ruido lo producía cualquier otra cosa con la que posiblemente nos hemos cruzado, y que esa cosa es un meteorito o algo similar que nos va a hacer papilla si seguimos en este rumbo.

—¿Lo que usted quiere decir es que si hubiera sido otra cosa la originaria del ruido estos caballeros del radar y el sonar no habrían sabido diferenciarlas? —preguntó amablemente Alexander.

Harding se mordió los labios, sobre todo al ver las miradas que le lanzaban los encargados del radar y el sonar. Se quedó sin saber qué decir, comprendiendo perfectamente que había dicho una de las más grandes tonterías de su vida.

—Puede que haya muerto —susurró Alexander—. ¿Por qué no? En ese caso, estaríamos navegando hacia el más gigantesco y extraordinario cadáver del universo. ¿No hay ninguna otra variación? ¿Sólo el silencio súbito? ¿O no fue súbito?

—Fue súbito. Y no hay más variaciones —dijo Benson.

—Puede haber sufrido el equivalente a nuestros colapsos cardíacos.

—Por todos los demonios —barbotó Harding—. ¡Pero qué está diciendo este hombre!

Alexander fue a replicar. Y en aquel momento volvió a oírse el estampido, pero más débil que antes. Y acto seguido, algo que puso los pelos de punta a todos: un sonido alargado y vacilante, como un gemido, como un sollozo. Amanda palideció.

—Dios mío...

—¿Y eso qué es? —exclamó Harding.

—Está llorando —dijo Alexander.

—¡Escuche, prof...!

—¡Cállese de una vez, malditos sean sus huesos! —explotó Alexander—. ¡Usted manda aquí, y haga lo que le dé la gana con sus asquerosa nave, pero no me moleste mientras yo hago mi trabajo! ¿Me ha entendido de una puñetera vez?

El pasmo fue general y total. Harding incluso retrocedió un paso ante el avance a todas luces agresivo de Alexander hacia él. Amanda miraba incrédulamente a Alexander, que acabó soltando una maldición y volviéndose de nuevo hacia las consolas del radar y el sonar.

—Por favor, afinen lo máximo posible —susurró—... Quiero oír eso con la máxima perfección. Gracias.

Dos minutos más tarde volvió a oírse el latido, pero nada más. Se repitió sólo el latido otros dos minutos después. Luego, de pronto, comenzó a oírse cada quince segundos, mezclado con aquellos otros sonidos, gemidos y sollozos que de nuevo pusieron de punta los cabellos a todos los presentes en la sala de mandos.

—Por el amor de Dios —jadeó Alexander—. ¡Esa criatura está sufriendo horriblemente! ¡Está agonizando!

Todas las miradas se habían vuelto hacia el científico, expresando incredulidad, y, algunas, incluso la certidumbre de que el profesor Alexander se había vuelto loco. ¿Criatura? ¿Había llamado «criatura» a aquella cosa?

—¿Qué crees que puede ser? —preguntó Amanda.

—No tengo ni idea. Pero está enferma. Algo le está causando dolor. Creo que primero ha sufrido una suspensión de sus constantes vitales, y luego un acelerón, causado por el dolor. Algo la está lastimando profundamente, la está... matando. Me pregunto si puedo hacer algo por ella.

—Profesor Alexander... —empezó cautamente Harding.

Bill se volvió velozmente hacia él, y le apuntó al pecho con un dedo.

—Comandante Harding —le interrumpió—: si vuelve a interferir en mi trabajo, le mataré.

Dejando a todos petrificados, Alexander se dirigió al sistema de comunicación general.

—Habla el profesor Alexander: quiero a todo el equipo científico en mi laboratorio dentro de cinco segundos.

Y abandonó la sala.

* * *

La puerta del laboratorio había quedado abierta, porque el equipo científico entraba y salía continuamente trayendo y devolviendo material al archivo. Incluso Tío Sam y Tía Mary estaban ayudando en los recados, y trayendo café.

Ante las consolas de sondeo exterior, los profesores Culver y Manning insistían en captar algo que pudiera proceder de «África» como una avanzadilla. El doctor Silverton y la doctora Adams tomaban notas y

procedían a los análisis de los sondeos, hasta el momento negativos. Arriba, en la sala de mandos, el profesor Nichols esperaba junto al radar y el sonar las novedades, que se apresuraba a pasar al laboratorio por el sistema de comunicación general. En toda la nave se conocía ya la noticia: estaba navegando al encuentro de una cosa que se llamaba «África», y que según el chiflado del profesor Alexander era un ser vivo que estaba enfermo. La inquietud era general en toda la Asteroid 2009.

—Nada —dijeron una vez más la doctora Adams y el doctor Silverton —. Negativo, profesor.

—Es imposible que una masa como ésa viaje por él espacio sin esparcir partículas a su alrededor.

—Bueno, pero deben ir quedando atrás, no precederla. Claro que las salpicaduras podrían adelantarse, pero evidentemente, no está sucediendo así.

—¡Si pudiéramos conseguir sólo una muestra, la más pequeña partícula...!

Una vez más miró su reloj. Se iba acercando el momento en el que Jake Harding, simplemente, ordenaría virar noventa grados, de modo que se alejarían perpendicularmente de la ruta de «África». Y eso sería todo. Seguiría su viaje por el espacio... De pronto, Alexander se dio una palmada en la frente.

—¡No está viajando! —exclamó—. ¡Está cayendo! La enfermedad ha debido debilitarla tanto que ha caído de su lugar en el espacio... ¡Está cayendo!

Sus ayudantes le miraron un tanto indecisos. No se habían opuesto abiertamente a la teoría de su jefe, pero no estaban tampoco precisamente seguros de que estuviera en lo cierto. La, impresión general era que Alexander se estaba dejando llevar por corazonadas, lo que ciertamente, no tenía nada que ver con la Ciencia exacta. Pero sí con la investigación, y en eso estaban todos.

Las antenas de sondeo salían y regresaban una y otra vez del exterior por sus alvéolos de conducción, y sus receptáculos de recogida eran examinados rápidamente, ansiosamente. Nada. Nada de nada.

Alexander estaba mirando una vez más su reloj cuando sonó la voz ambiental del profesor Nichols:

—Bill, venga a ver esto... ¡La tenemos en imagen!

Alexander salió disparado, y llegó a la sala de mandos en cuestión de segundos. En efecto, la pantalla de electrovisión estaba encendida. Su tamaño era de unos dos metros de ancho por uno de alto. En ella aparecía una forma de color ambarino que destacaba tenuemente en la densa negrura espacial.

—Disponen de veinte minutos para observarla —dijo Jake Harding—. Luego, viraremos. No lo olviden.

Alexander ni siquiera le oyó. Se había colocado ante la pantalla, fascinado, fija la mirada en aquella cosa de color ámbar; cuyo tamaño era en aquel momento más o menos el de un balón de rugby.

—No tiene exactamente forma de huevo frito —susurró Bill Alexander —. Más bien parece... una jibia.

—Lo mismo me sugirió a mí —dijo el anciano y barbudo Nichols—. Incluso tiene alas de navegación, que hacen las funciones de las aletas natatorias laterales de la jibia. Observe cómo se ondulan debido a la marcha.

—Yo creía que estaba cayendo.

—Tal vez, pero yo diría que colabora en la caída, digamos que parece existir en ella una... voluntad de desplazarse. Desde luego, no es una masa inerte; yo diría que puede viajar a su antojo.

—Sí, eso parece. ¿Qué clase de sustancia diría usted que la compone, profesor?

—No sé. Parece gelatinosa, pero no lo juraría.

—Bueno..., ¿qué diría usted que es?

—Hombre, Bill...

—¿Qué pasa? —lo miró, desconcertado Alexander.

—Eso ha de decirlo usted: es el jefe científico.

—Pero le pregunto a usted. No tengo por qué desdeñar la experiencia, si quiere saberlo. ¿Qué diría usted que es?

Jeffrey Nichols miró la pantalla durante unos segundos, mientras todos los tripulantes y técnicos presentes le miraban a él. Desde el radarspace seguía llegando el latido, ahora al intervalos irregulares, y, de cuando en cuando, los escalofriantes gemidos, a los que todos se habían acostumbrado.

—Una célula —murmuró por fin Nichols—. En cualquier caso, un ser vivo..., o algo vivo.

Todas las miradas se dirigieron hacia Jake Harding, que frunció el ceño y masculló:

—Preparen la maniobra para virar noventa grados. Cuenta atrás de dieciséis minutos...

—¿Puedo hablar con usted un momento en privado? —pidió hoscamente Alexander.

—Estoy muy ocupado, profesor —sonrió Harding.

—Será solamente un minuto.

—Está bien.

—¿Puede esperarme en su cámara?

—¿Para qué tanto misterio? Podemos hablar aquí memo. Lo que tenga que decirme...

—Dentro de medio minuto en su cámara, comandante. Gracias.

Bill Alexander abandonó la sala de mandos, dejando a Nichols absorto en la contemplación de la célula. Harding farfulló algo, y se dirigió a Amanda, que permanecía en silencio mirando también la imagen de la pantalla.

—Capitana Korvin, asuma el mando hasta mi regreso a la sala.

—Si, señor. ¿Dirijo la maniobra de viraje?

—No. Queda en suspenso hasta mi vuelta.

Jake Harding se dirigió a su cámara, adonde llegó en pocos segundos.

Bill Alexander llegó muy poco después que él. Harding ni siquiera le invitó a sentarse, se quedó mirándolo fijamente, eso fue todo.

—Sé muy bien —murmuró Alexander— que seria inútil pedirle que reconsiderase la cuestión, comandante.

—En efecto. Sea breve, por favor.

—De acuerdo. Seré brevísimo.

El puño derecho de Bill Alexander impactó secamente en la barbilla de Harding. Este saltó hacia atrás, con los ojos en blanco, y quedó tendido en el suelo. Alexander se arrodilló junto a él, y procedió rápidamente a quitarle la parte superior del, uniforme-mono, como si lo estuviese despellejando. Finalmente, le dejó al descubierto el brazo izquierdo. Sacó una jeringuilla ya preparada, pinchó la vena de la cara interna del codo, e impulsó el líquido. Se guardó la jeringuilla, puso bien el uniforme de Harding, y lo sentó en su butaca anatómica de descanso.

Luego, pulsó el llamador del hospital.

—Doctor Kenwell, por favor, acuda a la cabina del comandante Harding. Urgente.

El doctor Robert Kenwell, melenudo y miope, apareció a los pocos segundos, acompañado por la enfermera Potters, la negra más hermosa que se pudiera sonar. El contraste con Kenwell era cómico, todos sonreían cuando los veían juntos.

Kenwell se abalanzó enseguida hacia Harding, le alzó un párpado y buscó su pulso. Se tranquilizó enseguida, y miró a Alexander.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—No tengo ni idea. Estábamos conversando cuando de pronto se llevó una mano a la frente. Le pregunté qué le ocurría, y dijo que no sabía. Yo estaba insistiendo en que debíamos seguir navegando hacia «África», pero se obstinaba en negarse. Y de pronto, para mi sorpresa, dijo que sería mejor que fuésemos hacia la célula. Fue un cambio tan repentino que me sorprendí, claro, y le pregunté a qué se debía su cambio de opinión, tan inesperado. Insistió en que era lo mejor, y se desplomó.

Kenwell y Potters miraban fijamente a Alexander. En los miopes ojos del médico no había expresión alguna; en los de la bella enfermera rezumaba una divertida ironía.

—Bien —murmuró Kenwell—, en lo que a mí respecta, todo lo que tengo que hacer es hospitalizar al comandante y atenderlo debidamente. Por lo demás, creo que deberá usted entenderse con la capitana Korvin, ¿no es así?

—Supongo que sí. Y si no me necesitan voy a ir a verla inmediatamente, a fin de que dé la contraorden.

—Es una buena idea, profesor —casi rió Harriett Potters.

—Más buena está usted, doctora Potters —sonrió Bill.

Ella se echó a reír, y Alexander se dirigió hacia la puerta. Se detuvo al oír la voz de Kenwell:

—Profesor.

—¿Sí? —se volvió.

—Espero que si por un desdichado accidente todos morimos haya valido la pena. Personalmente, me agradaría mucho saber qué es esa cosa hacia la cual nos dirigimos.

—Si llego a saberlo se lo diré.

Salió de la cabina convencido de que ni por un momento había engañado a los dos componente del cuerpo médico de a bordo. Pero le bastaba con que le siguieran el juego.

En la sala de mandos, y ante el estupor general, explicó a Amanda Korvin la mentira urdida por él mismo. Todos estaban desconcertados. Por fin, Amanda preguntó:

—¿De modo que cambió de opinión?

—Así es.

—¿Por qué?

—No lo sé. Dijo que era lo mejor, y se desplomó.

—¿Dijo que era lo mejor?

—Exactamente eso dijo.

—De acuerdo —susurró Amanda—. Mantengan el rumbo: seguiremos navegando hacia esa cosa.

Nadie comentó nada. Alexander captó la sensación de inquietud, pero se desentendió de ella, y se colocó de nuevo junto al profesor Nichols. En la pantalla, «África» había aumentado un par de pulgadas su tamaño.

—Dios mío, muchacho... —susurró Nichols—, ¿qué ha hecho usted? Ha cargado con la responsabilidad de noventa vidas. No, no me cuente más mentiras... ¡Sólo espero que sepa lo que está haciendo!

—Lo sé. Y usted va a ser mi brazo derecho, profesor.

—¿Yo? ¿Qué debo hacer?

—Tengo intenciones de abandonar la nave en una de las pequeñas... ¿cómo las llaman?... Baby, me parece. Abandonaré la nave en un «Baby», y en todo momento estaré en contacto con usted por radio. Y usted estará en contacto con la Tierra, traspasando mis informaciones.

A Jeffrey Nichols casi se le salían los ojos de las órbitas. Todavía tardó algunos segundos en poder jadear:

—¿Me está diciendo que piensa abandonar la seguridad de la nave para dirigirse a bordo de uno de esos juguetes hacia la célula?

—Exactamente. Voy a preparar mi equipo móvil de análisis. Si sucede algo nuevo no deje de avisarme..

CAPÍTULO IV

Amanda Korvin entró como una tromba en el laboratorio de Alexander, y se plantó ante él, agitadísimo el pecho.

—¿Qué significa eso de que preparen la Baby-One para una salida al espacio? —casi gritó.

—Me alegro de verla, capitana Korvin —sonrió ceñudamente Alexander—. Precisamente quería hablar con usted.

—¡Debió hacerlo antes de disponer de elementos de mi nave! ¡Soy yo quien da las órdenes ahora, y no pienso permitir que salga ninguna «baby» salvo que sea inevitable!

—¿Seguimos acercándonos a «África»?

—Sí. Pero estamos describiendo un arco de separación. En cualquier momento podemos entrar en su campo gravitatorio, y quiero estar en condiciones de alejarme de él si...

—Aunque no pretendo darle a usted lecciones de navegación espacial, quisiera hacerle una sugerencia —dijo Alexander, tomándola de un brazo—. Pero creo que será mejor que hablemos en mi cámara, a fin de no molestar a mis compañeros. Venga, por favor.

La pequeña cámara de Alexander estaba a un lado dentro del mismo laboratorio. En cuanto Alexander hubo cerrado la puerta, abrazó a Amanda por la cintura, y la besó en la boca. Ella estaba rígida, pero se relajó a los pocos segundos, y correspondió al beso. Cuando él la apartó suavemente se quedó mirándolo a los ojos.

—Vamos a ver —sonrió Alexander—, ¿qué es eso de tu nave y que me hables tan protocolariamente?

—Bill, entiéndelo: yo soy la responsable de...

—Entiende tú esto: vamos a visitar «África». Espera, no te alteres. Yo te diré lo que he pensado, y si no es factible veremos de hacerlo de otro modo. Lo del arco de separación me parece acertado, naturalmente. Supongamos que describiendo ese arco pasamos cerca de «África» sin entrar en su campo de atracción, pero que, inmediatamente, nos colocamos detrás, con los motores en reversa, tal como hablamos. ¿Crees que podríamos aterrizar en «África»?

—El problema no está en aterrizar, sino en despegar.

—¿No podríamos despegar luego dando proa a la cola de la célula y describiendo una espiral a su alrededor de modo que la velocidad fuese soportable? siempre dentro de su campo gravitatorio? Y una vez fuera de éste, ¿acaso no podríamos maniobrar para poner la nave en el rumbo que quisiéramos?

—Teóricamente, es posible. Ya había pensado en ello.

—Entonces no entiendo por qué has venido gritando.

—¡No permitiré que salgas en la Baby-One!

—Ah, se trata de eso. ¿Temes por mi vida? Bueno, ¿qué me dices de la

nave entera?

—He hablado con los navegantes, y parece que se puede hacer. Además, la velocidad de «África» ha decrecido a la mitad.

—¿De veras? —se sorprendió Alexander—. ¿Por qué causa?

—Lo ignoramos. Además, parece que continúa decreciendo.

—¿Se podría admitir que en determinado momento su velocidad fuese más o menos igual a la nuestra?

—Parece que ésa es la tendencia.

—Entiendo.

—¿Lo entiendes? ¡Pues yo no!

Alexander se sentó en un sillón, colocando a Amanda sobre sus rodillas.

—Nos ha detectado —murmuró.

—¡Por el amor de Dios, Bill! Mira, me gustaría que este viaje fuese un éxito para la Ciencia en general y para ti en particular, pero dices unas cosas...

—Puede que yo esté chiflado, pero creo que nos ha detectado. Ha detectado algo nuevo, algo insólito para ella en el espacio infinito. Su sensibilidad espacial tiene que ser enorme. Ella está en su elemento, ¿lo comprendes? Nosotros moriríamos ahí fuera, pero ella está en su elemento; de otro modo, no estaría viva. ¿Comprendes esto?

—Sí... Claro, eso sí, pero...

—Nosotros, en nuestro elemento, podemos oír, ver, oler... ¿Por qué ella no puede detectar del modo que sea nuestra presencia, esa cosa insólita en el espacio? Si tú estás en tu dormitorio y algo hace ruido o emite olor en él, lo detectas, ¿no es cierto? Si estás en un bosque, y lejos de tí se prende fuego, hueles el humo... ¿Cierto o falso?

—Cierto.

—Y si truena, o se dispara un cañón, lo oyes. ¿Cierto?

—Sí... Cierto.

—Entonces, ¿por qué no ha de ser cierto que «África» nos ha detectado a nosotros?

—Pero si somos algo nuevo para ella... ¿no debería sentir temor... o desconfianza...? ¡Dios mío, acabaré chiflada como tú, estoy diciendo barbaridades!

—Claro que no. Además, tienes razón. En circunstancias normales, seguramente «África» no propiciaría un encuentro... suave con nosotros. Pero está en apuros. Amanda, ella está enferma, algo la está matando. Y ha decidido que un encuentro con algo desconocido en su ambiente no puede ser peor que lo que le está ocurriendo. Me inclino a creer que espera... alguna clase de alivio.

—¿Quieres decir que esa cosa piensa?

—No lo sé. Seguramente no piensa, tal como nosotros lo entendemos. Pero reacciona. Amanda: es un ser vivo.

—¡Es sólo una célula!

—Las células son inicio de Vida. Así pues, son Vida. ¿No se te ha ocurrido pensar que quizá una «cosí.» como ésa pudo ser el origen de la Vida en la Tierra? Tal vez si ahora hay Vida en nuestra galaxia sea debido a que alguna vez llegó una célula como ésa procedente del universo, y allí se... partió, explotó, diseminando partículas de Vida en todas direcciones. Vida que se manifestó de modo diferente según el medio ambiente al que fueron a parar esas partículas. Preséntame a alguien que nunca se haya preguntado qué somos, de dónde venimos y adonde vamos, y tendrás un tonto integral. Y como yo no soy tonto, me lo pregunto: ¿qué somos y de dónde venimos? Pues bien, tal vez podríamos venir de una cosa como ésa. Y entonces... ¿no has pensado en la grandiosidad de esa manifestación de vida? Maldita sea, Amanda, ¡no me digas que no quieres intentar saber qué es esa cosa! No me digas lo mismo que Harding, ese... ese auriga del espacio, ese bobo total, entrenado para la guerra, para matar. Yo, en cambio, estoy entrenado para la Vida. Y quiero saber, si es posible, qué clase de vida es la que se acerca a nosotros.

—Bill —susurró Amanda—, yo también soy militar, como Jake Harding.

—Bueno, en ese caso ordena que preparen todos los proyectiles atómicos y que disparen contra «África», a ver si la desintegras.

—¡No me hables así!

—Sólo se trata de que entiendas mi postura. Yo quiero visitar «África». Ese es mi trabajo y mi objetivo de vida. Si tú quieres destruirla o ignorarla, hazlo. No tengo nada más que decir.

Durante unos segundos, Amanda Korvin estuvo mirando fijamente los ojos de Bill Alexander. Luego, se puso en pie, y sin decir palabra abandonó la cámara.

* * *

En la oscura inmensidad del universo, la enorme célula ligeramente luminiscente, que viajaba casi a cien mil kilómetros por hora, parecía no moverse. A su alrededor, en un radio de cinco mil kilómetros, el vacío adquiría por un instante poder de succión, algo se alteraba, diminutas partículas cósmicas se arremolinaban y eran atraídas como rayos de luz hacia la enorme masa. Luego, todo quedaba en silencio, en un silencio negro e inmóvil de eternidad inalterable.

Una de esas diminutas partículas era un cuerpo extraño en el lugar. Había sido concebido y fabricado hacía algo más de un año en una gigantesca factoría de los Estados Unidos de América, en el tercer planeta del sistema solar de la Vía Láctea. En su fuselaje de aleación especial llevaba la inscripción «Asteroid 2009». Y como un pequeño asteroide fue atraído hacia la célula, por detrás, a una velocidad de más de cien mil kilómetros por hora

que el ingenio del hombre redujo hasta los limites que la nave podía soportar. Con el rojo resplandor de los motores en reversa, la «Asteroid 2009» controló la inicial velocidad de succión. Luego, cuando estuvo dentro del campo gravita torio de la célula, todo se aquietó, los motores funcionaron normalmente, y la nave se encontró volando sobre la enormidad de un ser vivo que parecía ir de ninguna parte a ninguna parte.

Y finalmente, en una maniobra perfecta y suave, la nave se posó cautamente en la superficie gelatinosa pero consistente del monstruo del espacio.

* * *

En la sala de mandos hubo un suspiro colectivo. En todas partes de la nave, el personal militar, científico y médico suspiró también.

—Bueno —dijo el jefe de navegantes, Esley Vallance—, hemos llegado. Ahora veremos si podremos marcharnos. Aunque tal vez no sea necesario arriesgarnos ni gastar combustible en el despegue.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Amanda Korvin.

—Que estamos en ruta directa hacia la Tierra. Somos algo así como unos polizones a bordo de esta... nave.

Amanda se acercó, y observó los indicadores. La aguja que señalaba siempre la posición de la tierra con respecto a la nave señalaba exactamente hacia proa, hacia el sentido de la marcha, estaba encajada en su rayita especial.

—Es decir, que nos estamos acercando a la Tierra a una velocidad de cien mil kilómetros por hora.

—¡Caramba, eso de acercarnos...! —rió Vallance—. ¡Pues no nos queda camino que digamos!

—¿Cuánto camino?

Vallance consultó los indicadores, y movió la cabeza con un gesto de guasa.

—Unos ciento treinta días.

—Pero si viajásemos a un millón de kilómetros por hora serian solamente trece días, ¿no?

—Claro. Pero «África» no viaja ahora a un millón de kilómetros por hora, sino a cien mil.

—¿Y quién le dice que no puede recuperar su velocidad anterior?

—Nadie —susurró Vallance—. ¡Nadie! No tengo ni la más remota idea de lo que puede hacer este bicho.

Amanda asintió, y se colocó ante los controles de radar y sonar. La intensidad del sonido de «África» no había aumentado, seguía siendo la misma. Por fortuna, ya que si hubiera ido aumentando proporcionalmente a la proximidad sus latidos habrían sido imposibles de soportar por el oído

humano, y el sonar tendría que haber sido cerrado.

—¿Todavía sin más gemidos, Benson? —preguntó Amanda.

—Todo normal, como cuando hicimos el primer contacto. Debió tratarse de una crisis.

—Sí —masculló ante el radar Delbert Jarper—, seguramente le dolía el estómago, pero ya pasó.

A su alrededor se oyeron risitas forzadas, hasta que alguien dijo:

—Me gustaría saber qué tenemos exactamente debajo nuestro.

El profesor Nichols, que estaba mirando en la gran pantalla el «terreno» donde se habían posado, lo miró de soslayo.

—Somos algo así como un piojo sobre un mamut, por decirlo de alguna manera. En realidad, la desproporción es muchísimo mayor.

—Bien —preguntó Vallance, mirando a Amanda—, ¿qué hacemos?

—Nada. Descansaremos todos. Nos lo hemos ganado.

Amanda abandonó la sala de mandos. En el pasillo se encontró con Harriett Potter y Blanche Gibbons, otra de las enfermeras, una rubia espléndida de grandes ojos verdosos, que se disponían a tomar un ascensor de descenso.

—Me alegro de encontrarla, capitana Korvin —dijo festivamente Potters—. íbamos a pasarle un informe al profesor Alexander, y será bueno que usted esté presente.

—¿Por qué? ¿Qué informe es ése?

—El comandante Harding está perfectamente, y se recuperará de los efectos de la droga dentro de treinta minutos, más o menos.

—¿Qué droga?

—La que el profesor Alexander le inyectó. ¿No lo sabía?

—No.

—Bueno —movió la cabeza Potters—, conociendo al comandante Harding como le conocemos todos, no quisiera ser yo quien estuviera presente cuando despierte. Creo que ese... honor debe afrontarlo el causante, o sea, el profesor Alexander. Aunque me gustaría presenciar cómo le devuelve el puñetazo el comandante.

—¿Un puñetazo?

—En plena barbilla. Veremos al comandante con un precioso hematoma durante un par de días. ¡Dios nos ampare!

—Usted debió decirme esto antes, doctora Potters.

—Creí que lo sabía.

—¡Claro que no!

—Bueno, lo siento. Ya lo sabe ahora.

Descendieron por fin, y entraron en el laboratorio, donde los ayudantes de Alexander estaban trabajando febrilmente en la recogida de material directamente de la superficie de «África». Estaban todos tan excitados que no hicieron caso alguno a las tres mujeres, hasta que Amanda carraspeó fuertemente.

El profesor Culver volvió la cabeza, y se quedó mirándola como si fuese un fantasma.

—¿Desea algo, capitana Korvin?

—¿Dónde está el profesor Alexander?

—Preparándose para salir. Quizá lo haya hecho ya... ¡Dios mío, hay para volverse loco con este material! Escuche, cada pedacito de célula que seccionamos es como... como un trozo de carne viva.

—¿Quiere decir que es un animal?

—No. Es una célula —Culver se estremeció—. Es una célula de vida, jovencita. O al menos, eso creemos todos, por el momento. ¡Pero es la cosa más extraordinaria que he conocido en mi vida!

—¿Porqué?

—Porque no tengo ni idea de qué es.

Amanda asintió, y se acercó al sistema de comunicaciones.

—Sargento Masters —llamó.

—Diga, capitana Korvin.

—Dentro de unos minutos, el comandante Harding estará restablecido completamente y tomará el mando de la nave. Hasta entonces, queda usted al cargo de ella.

—Muy bien, señora.

—Oiga, ¿qué va a hacer usted? —preguntó Potters.

—Voy a darle al profesor Alexander su recado. Mientras tanto, será mejor que vuelvan junto al comandante.

Medio minuto más tarde; Amanda entraba en la cabina de lanzamiento, una enorme sala en la que había media docena de pequeñas naves auxiliares a las que todos llamaban «babies». Enseguida divisó a Alexander, equipado con escafandra autónoma. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Amanda al comprender que Alexander no sólo pensaba en abandonar la nave «Asteroid 2009», sino, posteriormente, también la pequeña «baby».

Él la vio acercarse, le sonrió a través del visor, y la saludó con una mano. Cerca de él, algunos técnicos preparaban la nave «Baby-One» para ser lanzada al exterior. Junto a la nave permanecían inmóviles Tío Sam y Tía Mary.

—Profesor Alexander —se detuvo Amanda ante él—: admitiendo la posibilidad de que le permita salir de la nave..., ¿puede decirme cómo espera pilotarla usted? ¿Sabe hacerlo?

—Sólo un poco —le sonrió de nuevo Alexander—. Por eso me llevo a Tío Sam y Tía Mary. Ellos se encargarán de esa insignificante parte del asunto.

—Veamos... ¿Puede o quiere decirme qué pretende hacer usted exactamente?

—Con mucho gusto. Mientras el resto del equipo analiza ~a «África» por todos nuestros medios conocidos, yo voy a entrar.

—Entrar... ¿dónde?

—En ella, en la célula. ¿No se ha dado cuenta de que es como una... esponja llena de conductos? O si lo prefiere, como un hormiguero. Hay cráteres enormes. Entraré por uno de ellos.

—Usted está simplemente loco. ¿Va a entrar en un ser vivo?

—Así es.

—¿Y qué espera encontrar?

—Obviamente, cosas que no se puedan encontrar en la superficie. De eso ya está encargado mi equipo. Dígame una cosa: ¿ha vuelto a sollozar mi amiga?

—¿Su amiga?

—La célula.

—No, no ha vuelto a sollozar.

—Es una chica muy sufrida. Bueno, espero no decepcionarla.

—¿A quién? ¿A mí?

—No. A ella, a la célula. Bueno, tengo que salir ya... ¿Deseaba algo de mí?

—Decirle que el comandante Harding estará repuesto dentro de unos minutos de su puñetazo y de su droga. ¡Usted me mintió!

—Es cierto. Preferí eso a presionarla aprovechándome de su emoción por mí para que siguiera adelante. De ese modo salvé su responsabilidad. Toda es mía. ¿Alguna cosa más?

—Lo primero que hará el comandante Harding será informar a la Tierra de lo que usted ha hecho.

—Al diablo con ese cabezota. ¿Algo más?

Amanda Korvin suspiró profundamente.

—Sí, una cosa más: voy con usted. ¡Y será inútil que intente disuadirme, yo mando todavía en la nave, y ésas son mis órdenes!

—De acuerdo —aceptó Alexander, sonriendo de nuevo—. Pero ya que tanto hablamos de órdenes y naves, espero que entienda usted esto: en cuanto salgamos de aquí, ésa será mi nave, y yo seré quien dará las órdenes en ella. ¿Comprendido?

—Sí, señor —sonrió Amanda.

—En ese caso, equípese rápidamente, porque estoy que me muero de impaciencia.

CAPÍTULO V

La «Baby-One» fue disparada fuera de la «Asteroid 2009» unos quince minutos más tarde, en vuelo rasante sobre la superficie de «África». De una longitud aproximada a los diez metros, en forma de proyectil, apareció silenciosamente, a la mínima velocidad, alejándose perpendicularmente de la nave madre, para luego enfilar una ruta señalada por la proa.

Computados para este trabajo, Tío Sam y Tía Mary estaban al cargo de los mandos de vuelo y de las informaciones del radar y el sonar respectivamente. Amanda Korvin atendía las comunicaciones con la «Asteroid 2009», y Bill Alexander, por el momento, se limitaba a mirar al exterior por los visores laterales y frontal, tres alargados ojos que se abrían a la quieta oscuridad. Oscuridad lejana, que no cercana ahora, debido a la luminiscencia de la célula.

La capitana Korvin se comunicó con la nave madre. Todo en orden, todo perfecto..., salvo que ahora, la nave madre se estremecía a intervalos de un minuto, cada vez que la cosa sobre la que se habían posado efectuaba un latido.

Latido que seguía sonando con la misma intensidad de siempre también en la «Baby-One». El vuelo, a una moderada velocidad de cinco mil kilómetros por hora para un primer examen visual del ser o simple materia, prometía ser apacible e interesante, hasta que a los pocos minutos, tronó en la radio la voz del comandante Harding:

—¡Capitana Korvin!

—¿Señor?

—¡Regrese inmediatamente a la nave!

—Muy bien, señor —dijo Amanda, haciendo un guiño a Bill.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Me ha oído? ¡Regresen!

—Ya le he dicho que muy bien, señor. Vamos a iniciar el regreso. ¿Algo más, mi comandante?

—¡Ya hablaremos cuando estén de vuelta!

La comunicación se cortó. Amanda y Bill cambiaron otro guiño. Unos minutos más tarde, Alexander señaló hacia delante, y Amanda pudo ver a simple vista los cráteres, considerablemente más grandes que los que habían estado viendo hasta entonces.

En el sonar comenzaron a oírse los gemidos de la célula.

—Tío Sam —ordenó Alexander—, desciende al fondo del cráter más grande.

—Orden recibida, orden en cumplimiento.

—Llanto en el sonar, profesor —dijo Tía Mary.

—Oído —murmuró Alexander—. Descenso lento, Tío Sam.

—Descendiendo lentamente.

Alexander se colocó ante los mandos de la minipantalla de electrovisión, y acercó la imagen de la pared del cráter, cuyo diámetro debía ser de unos tres kilómetros. Se quedó contemplando fascinado la materia que aparecía a todo color en la pantalla. Amanda; que también miraba, murmuró:

—Dios mío, parece carne.

—Es su carne. Observa cómo late. Por el cielo, debe haber en esta célula una cantidad absolutamente inimaginable de vida en gestación.

—¿Qué clase de vida?

—No tengo ni la menor idea. ¡Precisamente eso es lo que quiero saber! Amanda, ¿no te das cuenta?: si consigo saber qué es esto la Ciencia terrestre dará un paso impresionante en...

—¡Capitana Korvin! —aulló Harding en la radio—. ¡No están ustedes regresando a la nave!

—Escuche, Harding —dijo Alexander—, ¿quiere que termine de romperle la cara? No, ¿verdad? ¡Pues cállese de una maldita vez!

—De acuerdo, me voy a callar —dijo Harding—. Pero escuchen bien esto: si dentro de una hora no están ustedes de regreso se quedarán para siempre en esta cosa, porque yo voy a sacar mi nave de ella. ¿Lo han entendido?

—Haga lo que le dé la gana. Sólo le pido una cosa: no vuelva a molestar.

—Fondo a cien metros —avisó Tía Mary.

—Seguimos hacia abajo —masculló Alexander.

—¿Qué esperas encontrar ahí, Bill? —preguntó Amanda.

—Conductos. Canales. Cavernas... Toda la red del hormiguero. Fíjate en las paredes. ¿No ves esos orificios, como entradas de cuevas? Todo este ser debe ser igual, es como una gigantesca esponja.

—Pero quizá los canales no se comuniquen unos con otros.

—Ya veremos... ¡Ahí tenemos uno más grande! Tío Sam, vamos a entrar ahí. Luces largas.

Las luces utilizadas hasta entonces crecieron, lanzaron tres larguísimos destellos hacia el frente de la pequeña nave, iluminando una gruta palpitante y húmeda de longitud imposible de determinar y de un diámetro superior a los quince metros. La velocidad fue reducida todavía más. Ni siquiera debían viajar a cien kilómetros por hora. Amanda no decía nada. Estaba sencillamente muda de la impresión. Frente a la «Baby-One», la gruta parecía respirar, sus lubricadas paredes emitían destellos variados a las tres luces de la nave auxiliar.

Pronto apareció una desviación, luego otra, después de un ensanchamiento enorme, mostrando una gruta de casi cien metros de altura y no menos de diez kilómetros de diámetro.

—Tía Mary —susurró Alexander—, apaga el sonar y el radar y pon en funcionamiento la escucha directa, a volumen original.

—Radar apagado. Sonar apagado. Escucha directa a volumen normal.

Cumplimentado.

Fue como si a la «Baby-One» le entraran en funciones unos oídos. Oídos que, de momento, no captaron nada. Luego, un latido. Acto seguido, muy lejano, un sollozo... Alexander movió la cabeza.

—No es un sollozo —susurró—. Es... como un roce de algo, un roce de materia blanda... Como una crispación.

—No comprendo nada —aseguró Amanda.

—Bueno, como ya estás convencida de que estoy loco no me importa decir otra locura más. Supongamos que yo te doy un pellizco: ¿crees que tu carne sonaría?

—No lo sé. ¿Sonaría?

—No a tus oídos, no a nuestra percepción normal. Pero imagínate que fueses tan grande como esta célula: ¿crees que se oiría el pellizco?

—Bueno... No sé. Tal vez.

—Si yo te pellizcase en una nalga, por ejemplo, y junto al lugar del pellizco estuviese una hormiga o una pulga, creo que oiría ese sonido de tu carne.

—O sea, que a «África» la están pellizcando.

—Algo le pasa, desde luego.

—Bill, estás hablando como... como si esta cosa fuese... un cachorrillo de perro que fuese tu amigo, al que quisieras mucho.

—Tengo la certeza de que nunca en lo que me quede de vida encontraré nada igual. Te diré una cosa: la amo.

—¿A la célula?

—Así es.

—Bueno..., ¿qué me dices de mí? Tal vez no sea el momento de hablar de estas cosas, pero desde que embarcamos juntos yo he...

—¡Profesor Alexander! —sonó la voz de Culver.

—¡Maldita sea! —exclamó Amanda.

—Diga, profesor Culver —rió Alexander.

—¿Está ocurriendo algo malo ahí?

—No, no, no se preocupe. ¿Hay algo nuevo?

—Ya lo creo. Todas las muestras que estamos recogiendo de la superficie de «África» están muriendo.

—¿Cómo, muriendo?

—Se mueren. Las recogemos con vida, laten, están frescas y húmedas. Ahora se están secando..., se están convirtiendo en polvo, una tras otra.

—¿A qué es debido?

—Buena pregunta, sí, señor —replicó Culver.

—Háganles la autopsia.

—¡¿La qué?!

—La autopsia. Mejor dicho, una preautopsia. Examínenlas mientras todavía tengan vida. Dicho de otra manera: no busquen de qué han muerto, sino de qué están muriendo, qué las está matando.

—Bueno... En fin, vamos a intentarlo.

—Esto no puede ser demasiado complicado, profesor Culver: si llegan vivas de afuera, y mueren ahí dentro, es que ahí dentro hay algo que las mata. ¿No está de acuerdo?

—Pues no imagino qué puede ser, como no sea nuestra atmósfera terrestre, claro. Pero si fuese eso morirían en el instante mismo de ser recogidas, no media hora después.

—Claro. Bueno, prueben a trabajar con ellas también en el compartimento del vacío. Y téngame informado.

—Muy bien.

—Pues yo creo que la cosa es muy simple —dijo Amanda—, es natural que esos trozos de células mueran. También morirían nuestras células si las arrancasen de nuestro cuerpo.

Y también morirían los pedazos de carne que nos arrancasen, ¿no?

—Sí. Morirían como tal carne, como tales células..., que forman parte de un organismo. Pero esta célula no forma parte de un organismo. Ella es el organismo. Toda ella.

—¿Y eso qué significa?

—Una célula puede dividirse. Entonces, tenemos dos células vivas, no una media célula muerta y una media célula viva. Salvo que a una de las mitades se la someta a un proceso mortal, claro está.

—¿Eso es lo que estamos haciendo con las muestras que recogemos?

—Así parece.

—¿Y no es por nuestra atmósfera... importada?

—Ya lo has oído. Si fuese por eso morirían en el acto. Si tú salieses de la nave en el espacio morirías en el acto, ¿no? Pues lo mismo le sucederían a esas muestras si se tratase del cambio de atmósfera. En cambio, viven por lo menos... Dios... Dios mío... ¡Paren la nave!

Tío Sam obedeció en el acto. La nave frenó en un instante, y se posó sobre la móvil y húmeda superficie de la gruta. Amanda, que tenía vuelta la cabeza para mirar a Alexander, vio la dirección de la mirada de éste hacia el frente, y le imitó.

Durante un par de segundos no vio nada diferente a la luz de los poderosísimos reflectores.

Luego, captó el movimiento a ras de superficie. Un movimiento independiente. El movimiento se produjo de nuevo, y Amanda Korvin abrió mucho los ojos. Cuando se produjo otro movimiento, la bella capitana del espacio sintió cómo se erizaban sus cabellos y el frío que inundó su rostro.

—¿Qué es... eso? —jadeó.

Alexander ni siquiera pareció oírla. Su mirada estaba fija en eso. Era algo del tamaño de una ballena, pero más estilizado, que se arrastraba por el suelo. Era como un enorme gusano de color ambarino, de quince o veinte metros de longitud y tres de diámetro. Una masa móvil, deslizante.

En el silencio del interior de la «Baby-One» se oía ahora procedente del

exterior, el murmullo, algo parecido al roce de goma contra goma. A cada sonido, el gigantesco gusano se acercaba un par de metros a la pequeña nave. Era más grande que ésta. Sonido tras sonido, el gigantesco gusano se iba acercando... Y cada vez que se detenía para tomar nuevo impulso, podían oír ahora como pequeños latidos en todas partes, como rumores de líquidos deslizantes. Eran unos sonidos inéditos para el oído humano, escalofriantes más por esta causa qué por sí mismos.

—No tiene ojos —susurró Alexander—, pero tiene boca.

Amanda aspiró profundamente, y dijo:

—Bill, ¡salgamos de aquí!

—No. Al contrario, lo que vamos a hacer es descender más hacia el interior de la célula. Prácticamente, estamos en la piel... Bajaremos más. Y no temas a esa cosa: jamás podrá alcanzarnos. Voy a tomarle fotografías.

Se sentó ante la consola, y procedió a tomar las fotografías. El gusano seguía acercándose. De pronto, se detuvo, abrió una grieta enorme en su extremo frontal, y la clavó en el suelo. Alexander seguía tomando fotografías. Cambió a película ralentizada. El gusano cerró la boca, y quedó inmóvil. Pasó un minuto, dos, tres... El gusano comenzó a aumentar de tamaño a ojos vista, y en otro minuto su tamaño alcanzó el doble del anterior. Y de nuevo quedó inmóvil. Los sonidos seguían llegando. Era como el de ríos subterráneos, ecos de cavernas, roces blandos... Y siempre, el latido general, minuto a minuto.

Amanda y Bill permanecían inmóviles también, fascinados, fija la mirada en el gusano. Diez minutos más tarde, éste reanudó su siniestro deslizarse rumoroso. Goma contra goma. Lo que en un principio habían sido clasificados como sollozos volvían a oírse en alguna parte. En varias partes.

El gusano avanzó unos doce metros, y volvió a morder el suelo. El proceso se repitió: poco después aumentaba nuevamente su tamaño al doble del anterior. Amanda miró a Alexander con los ojos casi fuera de las órbitas tras el visor del casco.

—Tío Sam —susurró de pronto Alexander—: efectúa un disparo eléctrico al objeto móvil independiente situado al frente.

—Disparo en programación. Disparo.

Un azulado y delgadísimo haz de luz partió de la proa de la «Baby-One», y alcanzó de lleno en el extremo anterior del gusano. Se produjo un sonido como de chisporroteo. El gusano se agitó, se oyó como un silbido, y comenzó a deshincharse, igual que un balón pinchado. En cuestión de segundos todo lo que quedó del gusano fue algo parecido a una piel finísima arrugada.

—Objetivo conseguido —informó Tío Sam.

—Seguimos navegando —suspiró Alexander—. Vamos a descender en cuanto encontremos una gruta adecuada.

—Programación de descenso.

—Radar y sonar en marcha —pidió Alexander.

—Radarspace y sonarspace funcionando.

—Tía Mary, quiero que localices el lugar de donde proceden con mayor intensidad esos sollozos. Ve pasando la información a Tío Sam. Tío Sam, busca ruta hacia ese lugar.

—Sonar localizando.

—Nave en ruta programada por sonar.

Alexander se relajó. De buena gana se habría fumando un cigarrillo, pero prefería permanecer con el casco puesto, por mucho que la atmósfera de la «Baby-One» fuese «importada» de la Tierra. Miró a Amanda, que parecía absorta.

Diez minutos más tarde, la pequeña nave descendía en cuarenta y cinco grados, recorriendo así una distancia de unos quince kilómetros. La velocidad era ahora la mínima. Ante la nave iban apareciendo cientos de grutas de todos los tamaños y en todas las direcciones, y de cuando en cuando enormes bolsas de tres o cuatro kilómetros de diámetro y cien metros o más de altura.

El sonar estaba funcionando a la perfección. De cuando en cuando, a indicaciones de Alexander, dejaba de funcionar, y entonces escuchaban el sonido ambiental del interior de la célula. Cada vez se oían con más fuerza los sollozos.

Y muy pronto comenzaron a encontrar gusanos en abundancia. Algunos eran del tamaño de delfines, otros, de ballenas, y, en una de las enormes bolsas, vieron media docena grandes como un portaaviones, apilados, en contacto uno con otros. A su alrededor, gusanos más pequeños se deslizaban lentamente, ciegamente. El rumor de goma contra goma era cada vez más fuerte, más audible en el ambiente exterior de la pequeña nave. En otra bolsa había tal cantidad de gusanos de todos los tamaños que ocupaban prácticamente la mitad de aquélla, apilándose hasta casi llegar al techo. De cuando en cuando, varios gusanos menores rodaban sobre la pila, en silencio, y luego sobre el blando y móvil suelo de materia viva. En otra bolsa, encontraron un solo gusano, de más de medio kilómetro de largo, grueso no menos de veinte metros de diámetro. Amanda ya no reaccionaba.

En una gruta encontraron un gusano tan enorme que impedía el paso de la nave. Tío Sam disparó, y el gusano se deshinchó, dejando expedito el paso.

La navegación se hizo monótona. Ya, por todas partes era lo mismo: cientos, miles, millones de gusanos de todos los tamaños, y siempre aquel latido que de cuando en cuando se detenía y de cuando en cuando se aceleraba. Y los sollozos. Los interminables sollozos captados por el sonar y por la escucha ambiental.

De cuando en cuando dejaban de ver gusanos. Alexander ordenaba cambio de ruta, y al poco volvían a encontrarlos. Amanda, que a falta de cosa mejor que hacer se interesaba por los datos que iban proporcionando el radar y el sonar, llegó a una conclusión:

—Estamos describiendo círculos. Cuando tú ordenas seguir buscando gusanos viramos, y describimos círculos. Dicho de otro modo: estamos navegando siempre por la misma zona.

—Es decir, que todos los gusanos están concentrados en una zona determinada.

—Así es.

—¿Puedes precisar su extensión?

—Por medio de la computadora de memoria de vuelo, sí.

—Por favor —pidió Alexander.

La respuesta se obtuvo en cuestión de segundos:

—La extensión de la zona que estamos recorriendo es de unos quinientos mil kilómetros cuadrados. Un poco más pequeña que la isla de Madagascar..., ya que estamos en «África».

—Es imposible que hayamos batido toda esa zona en... Ya no sé cuanto tiempo llevamos aquí dentro.

—Casi seis horas —suspiró Amanda.

—¿Tanto? —exclamó Alexander—. Bueno, o tan poco, según se mire. ¿Cómo hemos podido batir esa zona en seis horas?

—Porque en las grutas expeditas y más grandes Tío Sam se ha divertido acelerando. ¿No estás cansado, no tienes sueño?

—Sí —admitió Alexander—. Creo que lo mejor será que volvamos a la «Asteroid» a descansar un poco.

—La «Asteroid» —recordó con tono inexpresivo Amanda—, ya ha despegado, profesor Alexander. Estamos solos en tu querida, célula.

—Claro que no. Llama y te convencerás de lo contrario.

Amanda obedeció, con gesto resignado. No tenia la menor esperanza de recibir respuesta. Sin embargo, ésta se produjo:

—Diga, capitana Korvin —sonó la voz del sargento Masters.

—¿Dónde están ustedes? —exclamó Amanda;

—Esperándoles. El comandante Harding está descansando. En el supuesto de que salgamos de ésta no les auguro un gran provenir a usted y al profesor Alexander. Hemos conseguido comunicar con la Tierra, y tenemos orden de volver allá para que los sometan a juicio sumarísimo inmediatamente. Lo siento.

—No se preocupe. De modo que es por eso que Harding nos está esperando, ¿no? Quiere llevarnos como corderos al matadero. Está bien, vamos a regresar ahora. ¿Hay alguna dificultad?

—Ninguna en absoluto. ¿Todo está bien por ahí... dentro?

—No —intervino inopinadamente Alexander en la conversación—. Está mal. «África» tiene un cáncer.

CAPÍTULO VI

—Simplemente, usted está rematadamente loco —dijo con gran frialdad Jake Harding—. Pero eso ya no es de mi incumbencia: le darán su merecido en la Tierra.

—Pero... ¿cómo un cáncer? —intervino el doctor Kenwell—. Santo cielo, ¿cómo un cáncer, profesor?

—Les dejo con sus charlas de locos —dijo Harding—. Yo voy a cumplir mis órdenes, es decir, emprender el regreso inmediato a la Tierra.

—Iré con usted para... —empezó Amanda.

—No se moleste, señorita Korvin.

—Capitana Korvin, si no le importa, comandante Harding.

—Ya no es usted capitana. Ha sido degradada. Eso, de momento. Ahora, en realidad, usted no es más que una prisionera, igual que el profesor Alexander.

—¿Nos va a encerrar a pan y agua? —sonrió Alexander.

Jake Harding frunció el ceño, pareció a punto de agredir a Alexander, y, de pronto, dio la vuelta y abandonó la cabina donde se habían reunido los personajes más significativos de la nave para escuchar las explicaciones de Alexander.

Este encogió los hombros, y aplastó en un cenicero el cigarrillo que con tanto placer había consumido. Además de Amanda, estaban allí los profesores Nichols y Culver, el doctor Kenwell, y las enfermeras Potters, Irving y Gibbons. El sargento Masters, evidentemente molesto por su absurdo cometido de «custodiar» a los dos reos, permanecía de pie cerca de la puerta.

—Sigamos hablando como locos —sonrió el doctor Kenwell—. ¿Qué es eso de un cáncer? ¿Cómo puede tener un cáncer la célula?

—Su equivalente. O quizá yo estoy loco de verdad. Sea como sea, dentro de poco podré ofrecerles un... telefilme de lo más interesante. Tío Sam y Tía Mary lo están programando ahora en el Canal 18 —señaló la pantalla de televisión—. Será cuestión de minutos.

Kenwell parpadeó, se acercó al televisor y pulsó uno de los botones. En la pantalla, inmediatamente iluminada, apareció la cifra 18.

—Supongamos que realmente es un cáncer, o sea, su equivalente —murmuró Nichols—. ¿Qué piensa usted hacer?

—No puedo hacer nada. Ni siquiera intentarlo, ya que en cualquier momento abandonaremos «África». De buena gana intentaría amotinar a toda la tripulación y cerrar bajo llave a Harding, pero me parece que eso no va a ser posible. Ah, aquí tenemos el programa...

La proyección de fotografías y película comenzó. Al principio, todo fueron exclamaciones. Luego, todos los presentes contemplaron en impresionado silencio el fantástico viaje de la «Baby-One» por el interior de la célula. El sargento Masters parecía una estatura de ojos desorbitados. Tío

Sam y Tía Mary llegaron en determinado momento, y se quedaron allá plantados como lo que eran: máquinas en reposo.

Cuando la proyección seleccionada por Alexander terminó el silencio persistió todavía durante unos segundos.

Por fin, Nichols murmuró:

—De modo que eso es lo que tiene enferma a nuestra célula, esos gusanos.

—Estoy convencido de ello. Están localizados en una zona de extensión parecida a la isla de Madagascar. Pueden ustedes llamarlo como quieran: grano, tumor, infección, cáncer, absceso... A su gusto, damas y caballeros. Para mí, es el equivalente de un cáncer. Y esos... bichitos son los que lo producen. No olvidemos el tamaño del... tumor que los contiene. Hay millones.

—Bueno, pero si se les puede matar con disparos eléctricos... —apuntó Culver.

—Olvídelo —dijo Amanda—. Nos quedaríamos sin energía. Es imposible, créame. Más o menos como querer vaciar nuestro océano Pacífico con un vaso. Olvídelo, de veras.

Se hizo un sombrío silencio por parte del personal científico. Incluso el doctor Kenwell parecía irritado, ya que tanto él como sus enfermeras, las doctoras Potters, Gibbons e Irving, sentían un vivísimo y lógico interés por el asunto.

—Bien —suspiró Alexander—, se está cometiendo la mayor estupidez de la Historia de la Ciencia, y nosotros no podemos hacer nada. De modo que, con su permiso, me retiro a descansar... Tío Sam: ¿hemos despegado ya?

—No —replicó el robot—. Imposible el despegue.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Amanda.

—¿Por qué es imposible? —preguntó Alexander.

—La velocidad de desplazamiento espacial de «África» está aumentando continua y progresivamente. En este momento viajamos sobre ella a más de setecientos mil kilómetros por hora. Imposible el despegue con ninguna clase de maniobra. Velocidad de «África» aumentando... Ochocientos mil... Novecientos mil..:

Para asombro de todos, de pronto Alexander soltó una carcajada. Y cuando todas las miradas estuvieron fijas en él, expectantes, volvió a reír y dijo:

—¿No lo comprenden? ¿De verdad no lo comprenden? Vamos a pensar todos un poco... Hemos estado dentro de «África» y hemos estado matando gusanos de su cáncer. Es decir, que mientras «Baby-One» ha viajado dentro de la célula, ésta se ha estado beneficiando. Poco, pero lo ha percibido, se ha dado cuenta de que el... intruso ha resultado beneficioso para sus entrañas. Se ha dado cuenta de que no le hacía mal, sino todo lo contrario. Entonces, el intruso abandona sus entrañas... ¿Qué debe «sentir» nuestra célula?

—Bueno —casi tartamudeó Gulver—. Si algo siente debe ser deseos de

que... de que volvamos dentro de ella, ¿no?

—Exactamente. Pero si nos vamos no podremos volver, ¿no es así? ¿Y cuál es el mejor modo de impedirnos terminar la visita? ¿De qué único modo puede retenernos «África»? Pues, simplemente, echando sus últimas energías en viajar a una velocidad que hace imposible que su visitante se despegue de ella. A esta velocidad, ni la «Asteroid» ni ninguna otra nave conocida, y posiblemente cualquier cuerpo o materia depositada sobre «África» podrá separarse de ella con ninguna clase de maniobra. Es absolutamente imposible despegarse de un cuerpo lanzada a tal velocidad.

—Confirmado —dijo Tío Sam.

—Por todos los demonios —jadeó Masters.

—¿Algo va mal, sargento? —le miró amablemente Alexander.

—¿Está usted diciendo que este bicho pretende retenernos porque espera algo de nosotros?

—Sí.

—¡Eso no puede ser!

—¿Porqué no?

—Po-porque... porque... ¡porque significaría que piensa, que siente, que sabe!

—¿Por qué no? Supongamos que usted se quema con la brasa del cigarrillo y yo le coloco inmediatamente un cubito de hielo sobre la quemadura. Sentirá usted alivio, ¿no es así? Y entonces, ¿no haría todo lo posible por quedarse con el cubito de hielo sobre la quemadura?

—O sea —exclamó Nichols—, ¡que somos ahora un cubito de hielo!

—Hay cosas peores —dijo Alexander—. En lo que a mí respecta preferiría ser realmente un cubito de hielo que un imbécil. Pero me temo que pertenezco al género imbécil.

—¿Por qué dice eso? —rió la doctora Irving.

—Porque soy un ser idéntico a los que, en el planeta Tierra, han decidido que abandonemos la célula sin haber intentado al menos saber qué es, y hasta si fuese posible, saber de dónde viene.

—Sí, es verdad —farfulló Culver—. Esto no tiene sentido. Somos una expedición científica, ¿no es cierto? No comprendo cómo al comandante Harding pudieron darle semejante orden, sobre todo sabiendo que existía la garantía de esa maniobra de aproximación por detrás de la célula.

—Quizá todavía no estaba seguro el comandante de que eso podía hacerse —dijo Amanda.

—Es posible —admitió Alexander—. Me gustaría saber qué dijeron exactamente desde la Tierra a nuestro operador de comunicaciones.

—No atendió el operador esa comunicación —dijo Masters de pronto —. Se encargó personalmente de todo el comandante.

Todas las miradas quedaron fijas en el sargento. Nadie dijo nada, pero Masters captó perfectamente los pensamientos. Frunció el ceño, pareció a punto de decir algo, y desistió de ello.

—De todos modos —dijo suavemente Amanda— la conversación debió quedar grabada. No es que me atreva a pensar cosas extrañas, pero me gustaría saber qué dijo exactamente Harding.

Todas las miradas seguían fijas en Masters. Este frunció todavía más el ceño, y permaneció en silencio. Bill Alexander se puso en pie.

—Seguiremos trabajando con las muestras de la célula por turnos —dijo—, pero yo tengo que descansar ahora un poco. Preferiría volver allá dentro con la «Baby-One» para hacer una investigación más minuciosa con usted, profesor Nichols, pero mucho me temo que el sargento Masters no nos ayudará a engañar a los soldados que vigilan las «babies»... ¿Me equivoco, sargento?

—No, señor —gruñó Masters—. Lo siento, pero yo tengo que cumplir las órdenes.

—Lo comprendo. Bien, hasta luego a todos.

La reunión se disolvió. Masters se encontró en el pequeño problema de atender la vigilancia sobre Amanda Korvin y sobre Bill Alexander, que se retiraron cada uno a su cabina. La solución, sin embargo, era simple: llamar por la radio a un par de soldados para que cada uno de ellos vigilase a uno de los arrestados.

No tuvo necesidad de hacerlo, porque cuando se disponía a pulsar el botón de su radio de muñeca, Alexander salió del laboratorio, y se acercó a él.

—Olvide decirle una cosa a la capitana Korvin, sargento. Espero que no tenga usted órdenes de impedirnos comunicarnos.

—Claro que no, profesor —se desconcertó Masters—. Puede usted llamarla desde su cabina siempre que guste, naturalmente.

—Es una conversación privada, confidencial —frunció el ceño el científico—, de modo que prefiero decírsela en directo.

—Como usted guste.

Alexander asintió, y se encaminó a la cámara de Amanda, acompañado por el gigantesco Masters. Se detuvieron los dos ante la puerta de Amanda, y Alexander farfulló:

—Supongo que no pretende usted entrar. Si le gusta el espionaje hay cosas mejores que hacer, sargento.

—¿Qué quiere decir?

—Si no lo entiende, no vale la pena que se lo explique. Ah, capitana Korvin, hola, ¿qué tal? —Amanda había abierto, apareciendo ante los dos nombres ataviada con una blanca túnica suelta—. Olvidé antes decirle algo importante. ¿Puedo pasar?

—Naturalmente.

Alexander entró, y Amanda cerró la puerta, dejando afuera al pensativo Masters.

—Caramba —dijo Bill Alexander—, esto que lleva puesto ahora la favorece más que el uniforme, capitana.

—Déjate de tonterías, Bill. ¿Qué quieres?

—De veras: te favorece más.
—Pues siempre he creído lo contrario.
—¿Y eso por qué?
—Porque el uniforme permite ver las formas de mi cuerpo, que dicho sea de paso tengo entendido que resulta muy atractivo.
—Ciertamente que sí.
—Bill, ¿qué es lo que quieres?
—Verás, según yo entiendo estamos viajando a una velocidad tal que en poco tiempo nos perderemos en cualquier rinconcito del universo. Puestas así las cosas...
—No nos perderemos: estamos viajando hacia la Tierra. Estaremos allá en unos diez o doce días..., si la velocidad de tu querida célula no aumenta.
—Ah. Diez o doce días, ¿eh? Bueno, tenemos tiempo.
—¿De qué?
—Bueno, me parece que una vez allí no tendremos grandes oportunidades de volver a vernos, salvo en los juicios por rebeldía, motín, o cualesquiera sean los cargos que Harding presente. De modo que me dije que seria una estupidez esperar a llegar a la Tierra, tal como era mi propósito inicial.
—Esperar... ¿para qué?
—Para decirte que te amo.
Amanda Korvin se sofocó, por supuesto de placer. Pero de pronto su gesto se nubló.
—¿A qué viene esto ahora? ¡Me he pasado el viaje intentando acercarme a ti sin conseguirlo, y ahora, en estas circunstancias...! Además, estés cansado, ¿no es cierto?
—Ya no —sonrió él—. ¿Y tú?
—Tampoco. Bill, ¿de verdad has venido para...?
Alexander la abrazó por la cintura, y la besó en la boca. A través de la tela de la túnica notó la carne, mórbida de la capitana Korvin, percibió el estremecimiento de todo su cuerpo... Cuando sus bocas se separaron, Bill susurró:
—¿Sabes?: tu cuerpo también late.
—Oh, Dios mío... ¿Me estás comparando con la célula?
—Con ventaja para ti, porque tú no eres una sola célula, sino muchísimas. Y además, amontonadas de tal manera que forman un conjunto especialmente agradable a la vista... y al tacto. Además, estoy seguro del que debes oler muy bien, a flor de piel. ¿Me permites... olfatear?
—¿Ni siquiera en un momento como éste puedes olvidar que eres un maldito científico? ¡
—Ni siquiera en un momento como éste. Permíteme.
Bill Alexander le quitó la túnica a Amanda Korvin, y la tiró a un lado. Tomó el cuerpo de la muchacha en brazos, la llevó al lecho de aire caliente, y la depositó allí. Entonces se inclinó, y metió la nariz entre los senos

enardecidos, palpitantes. Comenzó, a besarlos. Amanda emitió un gritito.

—¡Eso no es oler! —rió, arrebolado el rostro por el deseo.

Alexander se irguió, se desvistió rápidamente, se tendió a su lado, y la besó en la garganta. La carne de Amanda experimentó una sacudida de escalofrío. Una mano de él pasó bajo su nuca, la otra acarició sus pechos, su boca se fundió con la de Amanda... Ella volvió a estremecerse. Suspiró cuando el larguísimo beso terminó.

—Me parece —susurró—, que esto no es precisamente un... experimento científico, profesor.

—Te equivocas —comenzó él a darle besos en el cuello y los pechos—. Esto es pura Ciencia, capitana. ¿Conoces algo más... puramente y apasionantemente científico que la Vida? Cada uno de nosotros, por separado, moriríamos en vano, sin haber aportado nada a la Vida. Pero juntos... ¡Ah, juntos, podemos aportar tanta Vida a la Vida! El gran misterio, capitana Korvin. Una unión de células procedentes de organismos diferentes, y... ¡la Vida en marcha! ¿No te parece... fascinante?

—¿Puedo decirte algo con toda sinceridad?

—En estos momentos no ser sinceros sería monstruoso. Dime esa cosa tan sincera. ¿De qué se trata?

—Se trata de que yo, simplemente, quisiera hacer el amor contigo, dejando para otro momento, si no te molesta, las consideraciones científicas.

—¿Quieres decir dejarse arrastrar por ese... deseo, ese instinto primitivo de la copula, de la simple carne, vulgar materia que un día se descompondrá...?

—¡Bill! ¿No puedes olvidarte de la Ciencia un rato?

—Ya lo creo que sí —susurró Alexander.

Amanda se estremeció de nuevo cuando todo el peso del profesor Alexander gravitó sobre ella. Se abrazó a su espalda, suspiró... y abrió mucho los ojos cuando él le demostró toda su condición de simple hombre.

—Por fin... —suspiró—. ¡Por fin, amor mío! Me estás... Oh... Oooh... ¡Ooooohhhh...!

CAPÍTULO VII

—Esto no me gusta nada, comandante —dijo Dawson, al cargo de la navegación mientras Vallance descansaba—. ¡Cada vez me gusta menos!

—¿Seguimos acelerando? —murmuró Harding.

—Sí. Estamos desplazándonos ahora a una velocidad superior al millón doscientos mil kilómetros por hora. No sé si me he vuelto loco yo, o los indicadores..., o el bicho que tenemos debajo. ¡No comprendo cómo puede viajar a esta velocidad! Maldita sea, ¡me gustaría saber qué es lo que tenemos debajo!

—Al parecer, una célula. ¿Qué es exactamente lo que va mal, qué es lo que no le gusta?

—La ruta de este bicho va directa hacia la Tierra. Ha sido así en todo momento. Y si seguimos a este proceso de aceleración estaremos allá en una semana, o menos.

—¿Y cuál es el problema?

Dawson miró entre incrédulo y desconcertado a Harding. •

—¿Que cuál es el problema? Se lo acabo de decir: que vamos directos hacia nuestro planeta.

—¿Significa eso que la célula caerá en la Tierra?

—¿Caerá? —casi gritó Dawson—. ¡Pero hombre, qué está usted diciendo! ¡Chocará con la Tierra a una velocidad que quizá entonces alcance los dos millones de kilómetros por hora! ¡Y es una masa del tamaño del continente africano, que debe pesar billones de toneladas! ¡Demonios, no me diga que no entiende esto!

Jalee Harding estaba lívido ahora. Por supuesto que lo entendía. Y era una estupidez resistirse a aceptar las evidencias. Un impacto como el descrito por Dawson significaba simplemente que la Tierra sería desplazada de su órbita y lanzada al espacio en miles de pedazos. Pura y simplemente el final del planeta.

—Dentro de una semana —murmuró, todavía insistiendo en una última esperanza— la Tierra no estará donde está ahora, ya que su movimiento de traslación alrededor del sol...

—No quiere admitirlo, ¿eh? —rezongó Dawson—. ¡No quiere darse por vencido! Bueno, pues lo siento, pero este bicho parece imantado con la Tierra, y su levísima corrección continua de ruta indica que allá donde esté la Tierra él estará dentro de una semana o menos. Pero sin siquiera haría falta tanto. Aunque pase a un millón de kilómetros de distancia la hecatombe es inevitable.

—Bueno, ¿qué se puede hacer?

—Nada. Si despegamos todo iría bien mientras estemos dentro del campo gravitatorio del bicho, pero en cuanto su atracción termine saltaríamos

en el espacio como un palillo bajo los efectos de un ciclón. ¡Demonios, no quedaría de nosotros ni nuestra nave...! Nos fundiríamos como polvo cósmico, nos...

—¡Maldita sea, ya está bien, le he entendido!

—Por fin. Bueno, pues así están las cosas. Regresamos a casa, pero... preferiría no llegar nunca.

—¿Está seguro de que no se puede hacer nada?

—Los que crean en esas cosas, rezar. Pero no creo que los rezos desvíen la ruta del bicho. Y nosotros, menos.

—Todo esto es culpa de ese maldito Alexander...

—Lo de que estemos sobre el bicho, sí. Lo demás, no. El bicho llevaba en todo momento la ruta explicada.

—¿Voluntariamente?

—¡Demonios, y yo qué sé! Supongo que no. Es como cuando un meteorito cae en la Tierra. Simplemente, llega allá, y no creo que el meteorito se lo haya propuesto. En cuanto al bicho, pues va hacia allá del mismo modo que podría ir hacia Marte, Júpiter, el sol, cualquier estrella de cualquier galaxia..., o pasarse la eternidad recorriendo el universo. ¡Cualquiera sabe!

—Supongo que Vallance me diría lo mismo que usted.

—Consúltele, si quiere —se mosqueó Dawson.

Jake Harding movió la cabeza, se irguió, y suspiró. En aquel momento vio al sargento Masters en la consola de comunicaciones, manipulando en ella. Frunció el ceño, y se le acercó.

—Sargento Masters: ¿qué está usted haciendo?

—Nada especial, señor —se puso en pie el sargento, un poco tenso.

—¿Nada especial? Pues me sorprende. Tenía usted la misión de custodiar a los arrestados.

—Están custodiados, señor. Después de una hora de espera me pareció acertado colocar dos soldados ante la puerta de la cámara de la cap... de la señorita Korvin, y estirar un poco las piernas.

—De acuerdo. Supongo que también están custodiando a Alexander. Ese sujeto podría intentar cualquier tontería.

—Los están vigilando bien, señor. Los soldados tienen orden de avisarme en cuanto él salga de la cámara de ella.

—¿De quién?

—De la señorita Korvin, señor.

—¿Quiere decir que están juntos allá? —palideció Harding.

—Sí, señor.

—¿Y qué están haciendo?

Masters puso cara de pasmo. Luego, se las arregló como pudo para contener una sonrisa. No dijo nada. Simplemente, se quedó mirando a su superior, como diciendo: ¡vaya una pregunta, muchacho!

Jake Harding palideció aún más, dio la vuelta, y abandonó la sala de mandos. Masters movió la cabeza, encogió los hombros, y se sentó de nuevo

ante la consola. Manipuló el aparato hasta que el indicador anunció la puesta en audición de las últimas conversaciones con la Tierra posteriores a todo el lío de la célula. Luego, metió una «cassette» en la ranura de grabación independiente, y puso en marcha el sistema.

En su cámara, Jake Harding fumaba casi violentamente, sentado en la butaca anatómica. Su gesto no podía ser más sombrío. Había hecho muchos viajes espaciales, de más o menos duración, y nunca había tenido problemas. Pero esta vez todo iba endemoniadamente mal. La cosa había empezado cuando se enamoró de la capitana Korvin, comenzó a empeorar cuando se dio cuenta de que ella, a su vez, sólo tenía ojos para el maldito Alexander, y ahora estaba llegando al límite: ella y él estaban acostados juntos, él estaba haciendo locuras, y la nave y el maldito bicho iban directos hacia la Tierra... Y sobre ninguna de estas cosas tenía ya control alguno.

—Hijo de perra —jadeó—. ¡Si supieras cómo te odio!

* * *

—Te amo —suspiró una vez más Amanda—. Te amo, te amo, te amo... ¡Oh, Bill, cuánto te amo!

—Me lo has demostrado «científicamente» —dijo él.

—¡Nada de científicamente! —exclamó ella.

—De todos modos, ha sido un experimentos interesante. ¿Qué crees que debe estar ocurriendo ahora con nuestras células en fusión?

—¡Oh, vamos! —rió ella—. ¡No está pasando nada!

—Ya me lo dirás dentro de nueve meses. Y se me está ocurriendo que, por si algo ha ido mal, nos aseguremos del experimento.

—Cielos... ¡¿Otra vez?!

—La Ciencia es implacable, cariño mío: ¡no deja nunca nada al azar! ¿Repetimos el experimento?

—Si tú puedes, yo también. Es decir, yo más.

—¿Y eso por qué?

—Porque las mujeres...

El zumbido de llamada comenzó a sonar de pronto, con gran insistencia. O quien llamaba se había vuelto loco o el sistema eléctrico se había estropeado. Y en una nave como la «Asteroid 2009» era una temeridad admitir una avería tan absurda.

—¿Qué hacemos? —susurró cómicamente Alexander—. ¿Hacemos ver que no estamos?

Ella rió, saltó del lecho, y se puso la túnica, corriendo ya hacia la puerta de la pequeña cámara. Apretó el pulsador de apertura..., y casi fue derribada por el profesor Manning, que entró como una tromba, desorbitados los ojos y aullando:

—¡Profesor! ¡Bill!

—Aquí, Manning —llamó Alexander.

Amanda cerró la puerta, y fue en pos de Manning, que se plantó junto a Alexander y gritó:

—¡Es el tabaco!

—¿Qué?

—¡El tabaco! ¡El tabaco es lo que mata las muestras de la célula!

—¡Demonios! —se sentó de un salto en el lecho Alexander—. ¡No me diga que esas muestras fuman!.

Manning se desconcertó un instante.

—¡El humo del tabaco! —gritó de nuevo—. ¡Nos hemos asegurado completamente antes de venir a avisarle! ¡El humo del tabaco mata la vida de la célula!

—Pues no me extraña —susurró Alexander—. No, señor, no me extraña en absoluto. Y es de suponer que igualmente la mataría el alcohol, y hasta quizá una sanísima y fresca manzana. Cada manifestación de vida exige un determinado... alimento para sobrevivir. Y por supuesto, «África» no necesita para nada el tabaco. Allá de donde viene, sea de donde sea, no hay tabaco, pero... hay gusanos. ¿Cómo se lo diría...?: el tabaco es para nosotros lo que para los gusanos es a «África». Venga de donde venga, enfermó allí, con algo equivalente a nuestro tabaco, algo que le ha producido esos gusanos... ¿Se da cuenta?: esos gusanos, proporcionalmente a nuestro tamaño, sólo podríamos verlos, como simples microbios, por medio de microscopios. Maldita sea, «África» tiene un cáncer, eso es todo. Y con nuestro tabaco, ciertamente, sólo hacemos que empeorar su situación, pues... Un momento. ¡Un momento!

Alexander quedó mudo, muy abiertos los ojos, pero como vuelta la mirada hacia dentro. Durante más de un minuto permaneció así, inmóvil, observado ansiosamente por Manning y Amanda. Por fin, parpadeó, y susurró:

—Vamos a operar. ¡Vamos a operar ese cáncer, Manning!

—Está usted desnudo —dijo éste de pronto, tontamente.

Alexander saltó del lecho, y se vistió rápidamente, todavía un poco como alucinado. De cuando en cuando asentía con la cabeza. Cuando, terminó de vestirse apuntó a Manning con un dedo.

—Tenemos que arreglárnoslas como sea para conseguir todo el tabaco que haya en la nave. Y ahora mismo. Desde este instante todos han dejado de fumar a bordo de la «Asteroid».

—Pero... ¿cómo vamos a conseguir tabaco? Usted sabe que está bajo llave, racionado... Además, nadie querrá desprenderse de sus raciones...

—A menos que lo ordenes el comandante, ¿no? Tengo que ir a hablar con él inmediatamente... Pero ese cretino volverá a decir que estoy loco...

—¿Quieres que le hable yo? —propuso Amanda—. Aunque deberías decirle exactamente qué pretendes.

—Ya te lo he dicho: operar a «África». Le vamos a extirpar ese cáncer. Mejor dicho, se lo vamos a quemar.

—¿Con tabaco?

—Con humo de tabaco. ¿Qué pasa cuando esas muestras de la célula entran en contacto con el humo del tabaco?: se convierten en polvo, ¿no es así, Manning?

—Sí, sí.

—Muy bien. Nosotros vamos a convertir en polvo una porción de «África» grande como Madagascar. Será como... cauterizar una herida por el viejo método del fuego. Ya saben a qué me refiero: cuando había una infección en la carne, y no se disponía de otros medios, se ponía al rojo vivo un cuchillo, y se quemaba la porción de carne infectada. En esa porción de carne, todo virus maligno moría. Pues bien, nosotros, con el humo del tabaco, vamos a cauterizar dentro de «África» esa parte de ella que está infectada. Mataremos una parte de la célula grande como Madagascar..., y en cuanto esa porción de célula se convierta en polvo, los gusanos del cáncer morirán, igual que mueren los virus en la carne cauterizada. ¿Me he explicado?

—Ya lo creo que sí —murmuró Manning, estremecido—. Pero dígame, profesor: ¿tenemos que ir a fumar dentro de la célula? Recuerde que allí no hay aire, no hay combustión: ni podemos fumar, ni podemos quemar nada. Y las hebras del tabaco por sí mismas no hacen ningún efecto: es el humo lo que mata la célula.

Bill Alexander aspiró profundamente. De pronto, miró a Amanda.

—Ve a hablar con Harding. Yo voy a hablar con el jefe de seguridad de la nave... ¡Quizá haya una solución!

—Ojalá sea así —dijo Manning—. Pero no sé si esto mejorará nuestra situación, profesor. Se me está ocurriendo que si la célula sana de su cáncer todavía estará más fuerte, de modo que podrá viajar por el espacio a mucha más velocidad..., lo que significa que menos que nunca podremos despegar de ella.

—Usted no entiende todavía, Manning. Simplemente, en cuanto «África» esté bien nos dejará marchar. ¡No perdamos más tiempo! Amanda, ve a hablar con Harding.

Alexander fue el primero en salir a toda prisa de la cámara de Amanda, seguido de Manning. La muchacha se dirigió al sistema de comunicaciones, y preguntó dónde se hallaba en aquel momento el comandante de la nave. Obtenida la información, se fue a toda prisa hacia la cámara de aquél, a cuya puerta llamó.

Jake Harding abrió a los pocos segundos. Se quedó mirando inexpresivamente a Amanda, que entró sin protocolo alguno, y procedió a explicarle la situación caminando en pos de Harding, que tras cerrar la puerta regresaba al dormitorio. Sentado en el borde del lecho de aire caliente, Harding escuchó la atropellada pero perfectamente comprensible explicación de Amanda, y, por fin, gruñó:

—Ustedes estaban vigilados por dos soldados. ¿Dónde están?

—¡Ni me he fijado siquiera en eso! —exclamó Amanda—. Es de

suponer que cada uno de ellos estará cumpliendo con su «deber», es decir, que nos habrán seguido a Bill y a mí.

—Ya. ¿Y qué es lo que se propone exactamente el profesor Alexander?

—No me lo ha dicho. Ha dicho que quizá haya una solución, y está en estos momentos hablando con Henry Palmer.

—¿Con el jefe de seguridad? ¿Qué tiene que decirle?

—¡Usted no está entendiendo! ¡Y me parece que ni siquiera me ha escuchado, comandante! Le estoy diciendo que podemos intentar separarnos de la célula, y que debe usted autorizar y colaborar con el plan de Bill, porque si da resultado...

—Está usted preciosa con ese atuendo —sonrió de pronto Harding, como una mueca—. Nunca la había visto así, Amanda.

Esta quedó atónita un instante. Luego, miró su túnica, en la cual se modelaban suavemente los pechos, y, de un modo muy visible, perfectamente definidos, los grandes pezones. De repente, Amanda enrojeció, entre colérica y turbada.

—No creo que éste sea momento para comentarios de esa clase, comandante.

—Tiene razón —asintió Harding, poniéndose en pie—; no es momento de comentarios.

Se acercó a ella, asió la ropa de la túnica por el centro del pecho, y dio un tirón. Un tirón tan fuerte, tan violento, que la mitad de la túnica quedó en su mano, mientras Amanda caía de bruces sobre el colchón, prácticamente desnuda. La muchacha se revolvió, y se quedó mirando con expresión desorbitada a Harding.

—¿Está usted loco? —jadeó.

—Tal vez esté loco... por ti. Sí, creo que estoy loco por ti desde el mismo instante en que apareciste ante mis ojos. Y tú te has pasado el viaje persiguiendo a ese maldito chiflado... ¡Y ahora vienes de acostarte con él, ¿no es cierto?!

Amanda comenzó a incorporarse, colocándose como pudo el trozo de túnica que le quedaba de modo que cubría parcialmente sus pechos, pero antes de que saliera del lecho Harding saltó sobre ella, y la aplastó con su peso. Sus manos, como garras, se apoderaron de los hermosos pechos femeninos.

—Voy a tener lo que tanto he deseado —jadeó—. Y nada tendrá importancia, porque para que lo sepas, dentro de poco esta nave, ese bicho, la Tierra..., ¡todos!, saltaremos en miles de pedazos, nos convertiremos en polvo cósmico, perdido para siempre en el espacio... ¡Y eso no sucederá sin que te haya hecho mía!

Comenzó a besarla en el cuello, mientras Amanda se agitaba en una resistencia de escaso futuro bajo la mole del gigantesco Harding.

—Comandante... ¡Jake, por favor! —suplicaba—. ¡Todavía podemos salvarnos todos, sólo tiene que escuchar a Bill, autorizar su plan, ayudarle...!

—Todo cuanto hagamos será inútil. Y puesto que vamos a morir todos,

quiero morir con la satisfacción de haberte poseído...

—Jake, se ha vuelto loco... ¡No es momento de esas cosas, esto no es propio de usted! ¡Suélteme!

Pero Jake Harding no la soltó. Y su potencia física era muy superior a la de Amanda, que pronto se vio totalmente imposibilitada para oponerse a los deseos del comandante. Este terminó colocándose entre los muslos de Amanda, y empujó brutalmente. Amanda emitió un grito ahogado, y, de pronto, se relajó.

—Jake... —susurró—. Por favor, no... ¡No así! Si ha de suceder no quiero que sea... violentamente. ¡No quiero sentirme violada! Por favor, hagámoslo amablemente los dos... ¡Por favor, Jake!

—Eso me gusta más —farfulló él, apartándose un poco y comenzando a besarle los pecho—. De acuerdo, lo haremos como tú dices.

—Deja que me quite estos trozos de ropa —murmuró ella—. Me están molestando.

Él se apartó, dejándola saltar del lecho..., y en el acto comprendió su error, porque Amanda, desnuda, corrió hacia la puerta de la cámara. Por un instante, Harding quedó atónito. Estaba tan ofuscado que parecía no comprender. Pero, de pronto, lanzó una maldición, y corrió en pos de Amanda, que en aquel momento llegaba ante la puerta...

—¡No dé un paso más, comandante! —advirtió—. Si lo hace, voy a abrir esta puerta y a gritar para que el soldado que me custodia sepa lo que usted ha intentado. ¡Pronto se sabrá en toda la nave, y la noticia será enviada a la Tierra! ¿Qué cree que decidirán allá sobre usted? ¡Será inmediatamente destituido de su mando, aunque sólo sea por locura temporal! ¡Y entonces ya no podrá hacer nada para oponerse a los planes de Bill!

Harding estaba como clavado al suelo, centelleantes lo ojos con furia inaudita. Quería acercarse a Amanda, pero sabía que, en efecto, ésta sólo tenía que abrir la puerta en cuanto él se moviera, y sabía también que no podría evitar que saliera desnuda de su cámara. Incluso gritando que él había querido violarla...

A partir de ese momento, el mando escaparía de sus manos, en efecto. No había la menor prohibición en los reglamentos respecto a las relaciones físicas «voluntarias» entre el personal de las naves del espacio, al contrario, se admitía y deseaba esto como sedante y saludable, con toda lógica, aparte de mejorar el clima de compañerismo y de grata estancia en el espacio. Pero una violación, y en su caso todavía más por ser el jefe de la nave, estaba severamente castigada. Sexo por amor, o simple placer, admitido. Violación del cuerpo y los deseos de cualquier persona, castigado.

—Piénselo bien —susurró Amanda—. Si accede a aceptar las instrucciones de Bill en ese sentido saldré de aquí tranquilamente, y puedo decir que he desgarrado la túnica por accidente... Nadie sabrá nunca nada por mí, ¡se lo juro!

—Eres una maldita chantajista —siseó Harding.

—Y usted un criminal común. ¿Va a ayudar a Bill o no?

—Está bien —relampaguearon los ojos de Harding—. Haré todo lo que diga ese maldito.

—Le esperamos a usted dentro de diez minutos con Palmer.

Amanda abrió la puerta suavemente, y salió al pasillo, con unos jirones de ropa sobre los hombros. El soldado que esperaba fuera respingó, y se quedó mirándola con los ojos saltones. Amanda miró hacia el interior de la cámara, sonriendo:

—Ha sido un estúpido accidente, comandante, no se preocupe. Iré a vestirme ahora mismo. No olvide que le esperamos.

Se dirigió hacia su cámara, seguida del atónito soldado, que miraba el elástico movimiento de su carne a cada paso. Instante más tarde, Amanda entraba en su cámara, cerraba la puerta, y lanzaba un fuerte suspiro.

—Dios mío —murmuró—. ¡Debe haberse vuelto loco! Jamás había ocurrido una cosa así en toda la historia de la navegación espacial... ¡Jamás!

Estaba terminando de ponerse uno de sus uniformes cuando sonó el zumbido de llamada a la puerta. Terminó de vestirse, abrió, y se quedó mirando sorprendida al sargento Masters, cuya expresión era sombría. Masters mostró el pequeño magnetófono.

—¿Puedo hablar un momento con usted, capitana Korvin?

Amanda parpadeó, y se apartó. Masters entró, cerró la puerta, y farfulló:

—El comandante falseó el informe inicial a la Tierra respecto al profesor Alexander. Todo está grabado aquí... ¡Sólo dijo malditas mentiras! Y un hombre así no puede estar al mando de la nave.

—Sargento Masters: en este momento el comandante Harding se dispone a colaborar con el profesor Alexander, así que no me parece momento oportuno para remover este asunto. De modo que dejemos aquí el magnetófono y vamos a la Sección de Seguridad. ¡Todos tenemos que colaborar en lo único que importa ahora!

CAPÍTULO VIII

El último en llegar a la Sección de Seguridad fue Jake Harding, que inmediatamente dirigió una escrutadora mirada a Amanda; comprendió que la muchacha no había dicho nada de lo sucedido en su cámara..., aunque captó cierta extraña expresión en el sargento Masters.

—Muy bien, profesor Alexander —masculló—, ¿cuál es su plan?

—Vamos a operar a la célula, comandante.

—Eso parece muy gracioso. Bueno, le supongo a usted ya enterado de que estamos viajando a más de un millón de kilómetros por hora, y que...

—Estamos todos enterados de lo que sucede —cortó Bill—. Y al decir todos, me refiero a todos los ocupantes de la nave. Puedo asegurarle, comandante, que todos están dispuestos a hacer lo que sea para evitar la hecatombe que se avecina. Y por supuesto, si no hacemos nada morirá la célula, moriremos nosotros, y nuestra Tierra será borrada del universo.

—Está bien, está bien... ¿Qué se le ha ocurrido a usted?

—Ya se lo he dicho: operar a «África». Lo haremos con el humo de todo el tabaco de la nave...

Alexander explicó brevemente las posibilidades a Harding, que escuchaba en silencio. Por fin, preguntó:

—¿Piensa disponer de todo el tabaco de a bordo?

—Empezando por el mío. Todas las demás personas de la nave han ofrecido ya el suyo. Lo contrario seria absurdo.

—De acuerdo. ¿Qué piensa hacer exactamente?

—Se me ha ocurrido que podemos quemar todo el tabaco, y recoger el humo en un compartimento estanco. El señor Palmer procederá a vaciar de su contenido los extintores de mano de las salas de máquinas, esos pequeños que utilizan los robots cuando hay pequeñas quemaduras eléctricas. El humo será cargado a presión en los extintores, y luego lo soltaremos en el cáncer de la célula. Si las investigaciones de mis colegas al respecto no están equivocadas, y no creo que lo estén, ese humo, dispersándose, provocará la muerte de una enorme zona de la célula, y por consiguiente de los gusanos. Será como si a usted le quitasen un trozo de carne del tamaño de un guisante y cauterizasen la herida.

—Ya. ¿Y cómo esparciremos el humo del tabaco dentro del bicho? Lo digo porque si utilizamos los extintores de mano no podremos hacerlo desde dentro de las «babies».

—Los robots lo harán. Saldrán de las «babies» y se dedicarán a esparcir el humo por toda la zona durante el tiempo que sea necesario o hasta que se acabe el humo. Los desembarcaremos en seis sitios equidistantes, distribuidos de tal modo que en un par de días puedan haber cubierto toda la zona. ¡No podemos hacer otra cosa!

La hostil mirada de Harding se desplazó hacia el silencioso Henry

Palmer.

—¿Puede hacerse eso que dice el profesor? Lo de vaciar los extintores de mano y cargarlos con el humo.

—Sí. Podemos recoger todo el humo y aire a presión. Requerirá algunas horas de trabajo, pero podemos hacerlo.

—Pónganse manos a la obra, entonces. Y cuando todo esté a punto para esa expedición al interior del bicho, avísenme: quiero tomar parte en ella, quiero ver todo eso con mis propios ojos. Espero, profesor —miró aviesamente a Alexander—,que no le moleste mi compañía en ese viaje.

—Al contrario, comandante; estaré encantado. ¿Qué me dice de su tabaco?

—Se lo enviaré inmediatamente. Pónganse todos a trabajar.

Sin más, Jake Harding abandonó la Sección.

—Bueno —suspiró Alexander—. ¡Por fortuna no es tan terco que no haya comprendido que es nuestra única posibilidad! Amanda, quédate con el señor Palmer, por si tienes que hacer de intermediaria entre él y yo. Estaré en el laboratorio, estudiando el mejor modo de aprovechar ese humo... ¡Esto es gracioso!

—¿Qué es lo que le parece gracioso? —gruñó Masters.

—Lo del tabaco. Una de las plagas de la Humanidad va a servir para salvar el planeta Tierra. ¡No me diga que no es gracioso!

—Para mearse de risa —farfulló Masters.

—Bien... ¡Todos al trabajo!

* * *

Casi seis horas más tarde todo estaba dispuesto. Había doce extintores a bordo, de los requeridos por Alexander, y todos fueron adaptados a su nuevo funcionamiento por los hombres del servicio de seguridad, a las órdenes de Henry Palmer. Cargados con el humo del tabaco quemado fueron distribuidos dos en cada «baby». En cada una de estas pequeñas naves fue instalado un robot y un piloto. En la «Baby-One», como jefe de la expedición, viajaba Bill Alexander, acompañado de Amanda y de Jake Harding, que no quería perderse el «espectáculo» de los gusanos ni de la operación «quirúrgica».

Finalmente, las seis pequeñas naves fueron disparadas desde la «Asteroid», cada una con una ruta bien marcada. Estarían, además, lógicamente en contacto por radio, a fin de asegurarse de que cada una batiría su zona, para no desperdiciar el humo del tabaco. La idea era llegar al centro del cáncer, allá donde estaban los más enormes gusanos, y desde allí viajar hacia fuera, como siguiendo los radios de una rueda.

Las seis naves entraron una tras otra por uno de los gigantescos cráteres, y pronto se separaron en busca de caminos diferentes, por si el camino que hubieran elegido todas juntas resultara finalmente impracticable al

menos que algunas pudieran cumplir su objetivo.

Y apenas hacía quince minutos que las naves circulaban por el interior de la célula, cuando llegó la primera noticia por la radio que los comunicaba con la «Asteroid»:

—La velocidad de la célula está decreciendo —informó Masters, desde la sala de mandos—: es ya inferior al millón de kilómetros por hora.

—Todavía disminuirá más —dijo alegremente Alexander—: sabe que estamos de nuevo aquí, y espera beneficios...

—Ochocientos mil —le interrumpió Masters—... Bajando a setecientos mil... Setecientos mil... Bajando a seiscientos mil...

—Es una chica agradecida —rió Alexander.

Muy pronto comenzaron a ver los gusanos. Jake Harding, que al principio no pudo contener algunas exclamaciones, permanecía ahora en un silencio sombrío. Desde la sala de mandos de la Asteroid, llegó la noticia de que estaban viajando a sólo cien mil kilómetros por hora.

—Este sería el momento de despegar en espiral alrededor de la célula —dijo Alexander—. Y quizá incluso alcancemos una velocidad inferior.

—Por reducida que sea la velocidad —murmuró Harding—, su bicho va hacia la Tierra de todos modos, ¿no es así?

Amanda y Bill lo miraron, y también lo hizo el piloto. El comandante tenía razón, pero, cuando menos, de momento, conseguirían que su llegada se retrasara bastante tiempo. Eso, aparte de que Bill Alexander tenía mayores esperanzas...

Los gusanos eran ya enormes. Parecía que no pudieran ser mayores, y no se veía ninguno de los que podían considerarse pequeños. Finalmente, y tras media hora de contacto continuo entre las seis naves, cambiando información sobre sus respectivas posiciones, y utilizando los sistemas de detección todas coincidieron en lo que Alexander definió como el núcleo del cáncer. Allá, la altura del techo era de más de dos kilómetros, y su extensión no inferior a veinticinco o treinta. Las pilas de enormes gusanos parecían simples montañas de horripilante carne palpitante. Los sollozos de «África» se oían allí con una claridad estremecedora. Alexander ordenó el regreso por seis caminos diferentes, tal como se había convenido, por el sistema de los radios de una rueda.

—Desembarquen los robots a unos cinco kilómetros del centro —dijo Alexander—. Luego, que vayan caminando a su máxima velocidad y utilizando a intervalos los extintores. Tardarán tres o cuatro días en salir del cáncer, pero eso ya no importa.

Las instrucciones eran recibidas y aceptadas. De nuevo la «Baby-One» estuvo navegando sola, ahora desde el núcleo del cáncer hacia fuera. Recorridos cinco kilómetros, el piloto aterrizó suavemente sobre aquella carne estremecida y reluciente.

—Bueno, Tía Mary —dijo festivamente Alexander—, ¡ahora te toca a ti! ¿Te sabes bien el programa?

—Programa asimilado perfectamente —dijo el robot.

—Tú también eres una buena chica. Pronto te reunirás con Tío Sam. Pasa al camarín de salida.

El robot se desplazó hacia el lugar indicado, portando en cada «mano» un extintor. De pronto, Jake Harding dijo:

—Yo también quiero salir.

—¿Está usted loco? —saltó Amanda.

—En ese caso seriamos dos los locos —dijo Alexander—, porque yo también quiero salir. Tengo que recoger muestras de esos gusanos. Muestras vivas, no muertas.

—Por el amor de Dios, Bill... ¡¿Cómo esperas conseguir eso?!

—Cortando algunos trozos —mostró Alexander un cuchillo afiladísimo y una caja metálica con mecanismos— y metiéndolos en esta caja preparada para el vacío por Palmer. Vamos, Amanda, es sólo un paseo.

—¡Si tú sales yo también salgo!

—De acuerdo. Estoy seguro de que no hay peligro alguno. Los gusanos son demasiados lentos para nosotros. Pasemos al camarín de salida.

En la enorme gruta la pequeña nave parecía un objeto insignificante comparada con los enormes gusanos que se veían por todas partes. El camarín fue cerrado en su comunicación con el interior de la nave, Harding abrió la compuerta al exterior. No ocurrió nada, no sintieron nada especial.

Ni siquiera podían oír nada ahora, pues los cascos se lo impedían. Podían, naturalmente, conversar con la «Baby-One» y con la sala de mandos de la «Asteroid 2009» por la radio del casco, pero habían quedado aislados de todo sonido exterior.

El último en salir fue Tía Mary, pesadamente. Sólo adquiriría más velocidad de desplazamiento cuando Alexander se la programase. Cargado con los dos extintores, el robot seguía a los tres seres humanos sobre aquella superficie que parecía de caucho aceitoso.

* * *

En la sala de mandos todo el personal se había agolpado ante el gran panel de pantallas de televisión que ofrecían diversas tomas efectuadas por los robots. Cinco de estos habían salidos solos de sus respectivas naves, pero no así el sexto, el de la «Baby-One», cuyos ojos enviaban las imágenes de Alexander y Harding caminando ante él.

—Por todos los cielos —jadeó Masters—... ¿Qué están haciendo?

—No se preocupe —dijo el profesor Nichols—: Bill debe querer recoger muestras del interior de la célula, y por supuesto de los gusanos. No creo que haya peligro alguno.

—Esperemos que sea así... ¡Ya están las cosas bastante complicadas en este viaje!

—Ese es su punto de vista, mi joven amigo —dijo Nichols—. El nuestro es que ha resultado el viaje más productivo de todos los realizados hasta la fecha. Jamás se había conseguido nada de la importancia de esto.

—Se están acercando a uno de esos bichos...

—Naturalmente —sonrió Nichols, como en éxtasis—. ¡Ah, cuánto siento que finalmente haya sido más conveniente que yo me quedara aquí!

* * *

Los tres estaban ya muy cerca de uno de los gusanos, grande como un rascacielos. Parecía talmente un montón de carne, sin más. Bill Alexander iba ahora en cabeza del reducido grupo, pues instintivamente Amanda y Harding se iban rezagando.

Y de pronto, a espaldas de Alexander, Harding se acercó a Amanda, alargó una mano hacia los cables del casco, y dio un tirón. La muchacha se volvió a mirarlo, mientras en su rostro aparecía una expresión de alarma. Estaba diciendo algo, pero sólo ella podía oírse: su sistema de comunicación había quedado anulado completamente. Amanda comenzó a gritar, pero era inútil. Harding la empujó, derribándola, y se encaminó rápidamente hacia Alexander, que a unos diez metros de distancia llegaba en aquel momento junto a la mole elegida. Se desplazó hacia un lado, abrió la caja, y la depositó en el suelo. Luego, con el cuchillo, comenzó a cortar pequeños trozos de materia del bicho, que no reaccionó en absoluto. Era como cortar goma. Cuando hubo cortado seis trozos del tamaño de un puño, los metió en la caja, y se acuclilló junto a ésta para cerrarla y actuar el mecanismo automático de vacío.

Y justo en el momento en que cerraba la caja experimentó una extraña sensación: la de qué se había quedado sordo..., o la de que había dejado de existir el sonido. Fue una sensación de silencio como nunca hasta entonces había experimentado, un silencio apretado, de cámara cerrada, de lugar absolutamente ajeno a todo sonido.

Al mismo tiempo que se daba unos golpecitos en el casco alzaba la cabeza, y veía a Harding junto a él. A través del visor del casco vio su rostro pérfidamente sonriente. Por detrás vio acudir a Amanda a toda prisa, siempre ralentizados sus movimientos por la escasa densidad ambiental del interior de la célula. Su mirada volvió de nuevo al rostro de Harding. Le vio mover los labios, pero no oía nada. Volvió a darse unos golpecitos en el casco. Ella gritaba, pero no la oía. Amanda señaló la conexión rota de los cables, y luego señaló al propio Alexander, que, de pronto, comprendió: Harding les había incomunicado, los había dejado sordos y mudos.

Alexander se puso vivamente en pie. La mueca de Harding era estremecedora. Había desenfundado la pistola eléctrica, esta vez no le mataría si le disparaba a través del traje aislante, pero el impacto eléctrico sería tal que

como mínimo le privaría del conocimiento...

Amanda llegó abalanzándose contra Harding, pero éste la derribó de un manotazo despectivo, sin dejar de apuntar a Alexander con la pistola eléctrica. Pero no parecía que tuviera intención de disparar. Estaba diciendo algo. Reía. Obsesivamente fija su mirada en los labios de Harding, Alexander creyó entender por sus movimientos lo que Harding le estaba diciendo: los iba a dejar allí a él y a Amanda, y él iba a regresar.

—¡Harding, no haga eso! —se ensordeció a sí mismo Bill con sus gritos—. ¡No haga eso, llévesela a ella! ¡Por lo que más quiera, no le haga esto a Amanda!

Era inútil. No sólo porque Harding no podía oírle, sino porque, bien claro estaba, no pensaba escuchar sus súplicas. Con un movimiento de la pistola le ordenó que se apartara de la caja metálica, que recogió cuando Alexander se hubo apartado. Amanda se estaba poniendo en pie. Estaba aterrada. Alexander vio sus lágrimas. Dio un paso hacia Harding, y éste disparó.

El impacto eléctrico golpeó a Bill en el centro del pecho, y lo empujó fuertemente contra la enorme masa del gusano estático, donde rebotó para caer de bruces. Tenía la sensación de que acababan de triturarle las costillas, pero todavía estaba consciente. Se colocó de rodillas, buscando con la mirada a Harding, que en aquel momento disparaba contra Amanda. Esta saltó hacia atrás como un pelele, y cayó boca arriba, muy separados los brazos y las piernas. Quedó inmóvil.

Alexander comprendía las intenciones de Harding, de un modo confuso, como si esa comprensión no estuviese en su cerebro, sino que le llegase de fuera, de otro lugar remoto. Vio a Harding volverse de nuevo hacia él; sacó la pistola, y le disparó.

También Harding saltó hacia atrás. Rebotó, y quedó de rodillas. Alexander se estremeció. El más fuerte allí, el que podía resistir mejor aquellos tremendos impactos, era el comandante, que volvió a disparar. Alexander se dejó caer hacia un lado, y el impacto eléctrico se produjo esta vez en el gusano, que se estremeció y comenzó a deshincharse, a consumirse. Alexander vio toda aquella cosa vacía que parecía caer sobre él, y se apartó corriendo como pudo, perseguido por los disparos de Harding, que parecieron rasgar la luz que llegaba desde la «Baby-One» rebotando en aquellas relucientes paredes de carne... o de lo que fuese.

Sin vacilar, Alexander disparó a su vez rápidamente por tres veces. Harding se agitó, se estremeció, saltó, cayó de espaldas, y quedó inmóvil. Por detrás de él, Tía Mary comenzó a utilizar los extintores cargados ahora de humo de tabaco, imperturbable, ajeno a lo que no fuese su programa.

Alexander corrió a trompicones hacia donde yacía Amanda, se la cargó en un hombro, y se dirigió hacia el resplandor de la nave, que había quedado oculta en un recoveco de la gruta. El instinto le hizo volver la cabeza. Tía Mary seguía utilizando el extintor, y ahora, había violentas contracciones en

las paredes de la gruta. Hacia el fondo, rápidamente, las enormes masas de gusanos parecían aplastarse contra el suelo, todo se movía ahora, todo estaba sometido a tremendas convulsiones, el suelo temblaba violentamente bajo sus pies..., y Harding se estaba poniendo en pie.

«Nos va a alcanzar antes de que lleguemos a la nave», pensó Alexander.

Se metió por el primer hueco que vio, mientras el rayo eléctrico pasaba por su lado, como una fría cuchillada. Se hundió en la carne de la célula, que chisporroteó, emitiendo un brevísimo humo de coloración rojiza. Alexander corría cargado con Amanda, que seguía inconsciente, quizá muerta. Por supuesto, Alexander respiraba con más fuerza, estaba consumiendo demasiado deprisa el aire de su escafandra autónoma..., y ya no sabía dónde estaba. De alguna parte, siempre en rebotes sobre las relucientes paredes viscosas que parecían espejos, llegaba la luz de la «Baby One», pero si seguía alejándose pronto dejaría de verla, quedaría a oscuras allá, dentro de aquel «ser» vivo atacado por un cáncer, lanzado por el espacio infinito...

Se detuvo al ver un pequeño hueco a su derecha, como un diminuto pabellón, y quedó allá jadeante, inmóvil, siempre cargado con Amanda. A su derecha y hacia el fondo, distinguió las moles de varios gusanos que se estaban moviendo apenas. Respingó cuando, de pronto, Jake Harding apareció frente a él, pero de costado, corriendo como a cámara lenta hacia el fondo de la gruta. Un escalofrío de alivio estremeció el cuerpo de Alexander: si Harding seguía hacia allá dentro él podría regresar hacia la nave.

Vio el destello de otro disparo de Harding, luego otro, y otro más... Hacia el fondo, los gusanos se deshinchaban, caían como la carpa de un circo al ser desmontada. A la luz de otro disparo vio a Harding dentro de una gruta que...

No, no era una gruta.

—¡Dios mío! —gritó Alexander, en su mundo de silencio.

Jake Harding no se había metido en una gruta, sino en la enorme sima que debía ser la boca o algo similar de uno de los gusanos, tan enorme que no se le veía, parecía formar parte de la célula. Y de pronto, aquella enorme boca se cerró, atrapando de lleno en su interior a Jake Harding, que desapareció. Simplemente, desapareció, tragado, engullido.

Alexander disparó contra el gusano, dejó a Amanda en el suelo, y corrió hacia allí. El gusano se estaba deshinchando, aplastando sobre sí mismo, consumiendo. Quedó como una simple cámara de rueda de automóvil pinchada. Alexander había tenido la vaga esperanza de encontrar el bulto de Harding allí, quizá recuperarlo todavía con vida, pero no había tal bulto, no había nada, sólo restos del gusano, que había absorbido, asimilado, aquella materia viva...

Espeluznado, Alexander volvió adonde había dejado a Amanda, volvió a cargársela en un hombro, y emprendió el regreso hacia la «Baby-One». Encontró pronto a Tía Mary cumpliendo su cometido. Luego, encontró la caja

con las muestras, la recogió, y emprendió el definitivo regreso a la nave.

Cinco minutos más tarde, cerraba la compuerta del exterior, y tras cargar de nuevo con la muchacha, abandonó el camarín de salida, que cerró herméticamente. A los mandos, el piloto se volvió a mirarlo, dijo algo, vio a Amanda en aquel estado, y se acercó rápidamente, hablando, excitado. Alexander no oía nada. Se quitó el casco, y aulló:

—¡Volvamos inmediatamente a la «Asteroid»!

El piloto también se quitó el casco.

—¿Qué dice? ¿Dónde está el comandante?

—¡Ha muerto! ¡Salgamos de aquí ahora mismo!

* * *

El sargento Masters estaba allí cuando, en último lugar, la nave «Baby-One» llegó a la base. Y, apenas Alexander y Amanda, ésta ya recuperada, saltaron de la nave pequeña, Masters jadeó, desorbitados los ojos:

—¡Lo vimos todo por televisión hasta que ustedes se colocaron detrás de Tía Mary! ¡Ese hombre está loco...! ¿Dónde lo tienen?

—Se quedó allá —susurró Bill Alexander.

ESTE ES EL FINAL

Tres días más tarde, la «Baby-One», al mando del sargento Masters, volvió al interior de «África», de donde regresó con los seis robots que habían cumplido su misión. Simples máquinas, habían estado caminando setenta y dos horas seguidas esparciendo el humo de tabaco a su paso por todas una serié de grutas.

Para entonces, el sonarspace de la «Asteroid 2009» no recogía sollozo alguno procedente de la célula, y el latido se producía ahora cada cinco minutos. Mientras tanto, la velocidad del monstruo espacial se había reducido a menos de cincuenta mil kilómetros por hora.

—Ahora o nunca —dijo el jefe de navegantes, Vallance—. No dispondremos de mejor oportunidad para despegar, capitana Korvin.

—¿Seguimos en ruta hacia la Tierra?

—Directos como una bala.

—Dios mío.

—Sea como sea, podemos despegar. Escuche, si este bicho choca contra la Tierra, sea dentro de una semana o de cinco meses, la Humanidad desaparecerá con nuestro planeta. No quedará nada. Sólo nosotros, los de la «Asteroid 2009», y los de las otras naves que estén ahora en el espacio o que sean lanzadas a partir de ahora con los seleccionados para la supervivencia en

cualquier otro lugar del universo. Nosotros no podemos evitar nada, créame. Pero podemos despegar, formar parte de los supervivientes del planeta Tierra.

Era cierto. No se podía hacer otra cosa. Así que la capitana Amanda Korvin, ahora comandante de la nave, susurró:

—Despeguemos. Prográmelo para dentro de quince minutos.

Quince minutos más tarde, en la negrura del espacio un diminuto objeto se despegaba de la enorme célula en espiral que iba ensanchando sus anillos. Finalmente, apenas otros quince minutos más tarde, se despegaba suavemente de la gravitación celular, y quedaba flotando como inmóvil en su ridícula velocidad de crucero.

Y cinco minutos más tarde, Amanda Korvin entraba en el laboratorio de Alexander, con gesto cansado. El grupo de científicos se la quedó mirando, expectante.

—Hemos despegado —susurró Amanda—: estamos ahora viajando dirección a la Tierra, paralelos a la célula. Su ruta no ha cambiado. Llegará a la Tierra tarde o temprano. Es el fin del planeta...

—¡Capitana Korvin! —sonó el vozarrón de Masters—. ¡Acuda inmediatamente a la sala de mandos! ¡Pronto, pronto!

Todos salieron corriendo del laboratorio, y a los pocos segundos irrumpían en la sala de mandos, donde todo el mundo estaba gritando y riendo. Masters señaló la gran pantalla de electrovisión, donde se veía la célula, empequeñeciéndose rápidamente.

—¿Qué pasa? —exclamó Amanda.

—¡Ha cambiado su ruta! —aulló Masters—. ¡Ha dado la vuelta en el espacio como si fuese... un disco, y se está alejando de nosotros a una velocidad de locura, superior a la desplegada hasta ahora en cualquier momento...! ¡Y va en dirección opuesta a la Tierra!

—¿Quiere decir que regresa hacia el lugar del que venía cuando la encontramos?

—Naturalmente —dijo Bill Alexander—. Ya está curada, así que, simplemente, regresa a casa. ¡Quién sabe qué nuevos mundos y vidas ofrecerá «África» dentro de un millón o un billón de años en cualquier parte del universo! Tal vez, incluso, una nueva raza humana, en cualquier rincón del universo...

—¡Bill, no digas tonterías!

—¿Tonterías? ¿Está segura? Escucha, es un ser procedente del universo, como nosotros mismos. Pura Vida. ¿Eso es una tontería?

Nadie contestó. «Asteroid 2009» en ruta hacia la Tierra.

FIN